DERVIO

CIENCIAS ARTES LETRAS



SUMARIO

Ilustran en este número:
José Planas. — Julio Orione. — Mario Venturi. — Dirk Kerst Koopmans. — Pedro Porh.

20 ctvs.

N.º 4

J. D.

NERVIO

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS, ARTES, LETRAS.

Redacción y Administración: Vera 572

EDITORES:

V. P. Ferrería, A. Longuet, I. Aguirrebeña, S. Kaplan, Costa Iscar.

COLABORADORES

Han Ryner (París). — Eugen Relgis (Bucarest). — María Lacerda de Moura (San Pablo). — Prof. H. Díaz Casanueva (Montevideo). — Prof. Alfonso L. Herrera (México). — Prof. César Godoy Urrutia. — Prof. Jorge F. Nicolai. — Ildefonso Pereda Valdés (Montevideo). — Luis Fabri (Montevideo). — Elías Castelnuovo. — Prof. P. B. Franco. — Alvaro Yunque. — Alfonsina Storni. — Leónidas Barletta. — José Portogalo. — Aristóbulo Echegaray. — Costa Iscar. — Dr. Juan Lazarte. — Dr. Oscar Creydt. — Alejandro Castiñeiras. — M. P. T. — V. Fernández Cantina. — Pedro Godoy — Herminia C. Brumana. — Inés Delfino de Castelnuovo. — Julio Dorraine (Montevideo). — Manuel López Pérez (San Salvador). — Augusto Chertkoff. — Campio Carpio. — Fedor Bazaroff. — Edgardo Casella. — Aarón Morozoff. — Antonio Barrot. — A. Vázquez Escalante. — Nathan Forge. — Kras. — D. Cayafa Soca. — Ricardo Bernardoni. — Juan Guijarro.

ILUSTRADORES

José Planas. — Dirk Kerts Koopmans. — Julio Orione. — Kras. — Marina. — Justo Balza. — Mario Venturi. — Pablo Siena. — León Poch. — Irma Ofelia Falconnet.

Toda la correspondencia debe ser dirigida únicamente a nombre de "NERVIO"

Valores a nombre de S. Kaplan.

AÑO I Buenos Aires, Agosto de 1931 N.º 4



EL PORVENIR DEL MACHO EN LA HUMANIDAD

UN experimento de Jacques Loeb, que consiste en la fecundación de un huevo de rana y la obtención de un ser perfecto, sin intervención paterna, suplantada ésta por una fina aguja de vidrio, nos ha traído al pensamiento la idea de un futuro nebuloso para el macho humano.

La sociedad actual es una sociedad animal de aparición reciente.

Las termites, por ejemplo, preceden por lo menos en más de 50 millones de años al *pitecantropus erectus* o a cualquier fósil antropomorfo y viven una sociedad admirablemente complicada, justa y maravillosa, tan maravillosa que, merced a esa asociación, han resistido a todas las especies que biológicamente lucharon por exterminarlas, menos al hombre, enemigo con quien se topan seriamente hace apenas dos centurias.

Es evidente que las leyes biológicas que rigen las sociedades animales no deben ser muy extrañas a nuestro mundo. Semejanza grande puede encontrarse en las colonias de abejas, quienes han resuelto socialmente una serie de problemas que la sociedad actual recién se ha planteado. Ejemplo: la facultad de producir zánganos, obreras y reinas; cuando la biología moderna recién está por llegar al conocimiento del sexo en el embrión del niño, sin poder influir para nada en su determinación.

Estos y otros problemas son constantemente perseguidos, y yo creo que antes de veinte años estaremos sobre sus soluciones.

Hoy se trabaja activamente sobre la partenogénesis; la fecundación artificial gana un ancho y largo camino.

La fecundación artificial se ha conseguido en animales llamados inferiores: moluscos, erizos, ha llegado a las ranas con todo acierto. Se ensaya en ratones y conejos, y si las experiencias dan resultado en estos animales anatómica y fisiológicamente comparables al hombre, no sería imposible que ensayada en monos y hombres pudiera también realizarse.

Pero el progreso no se hace sólo en una vía; avanzan en biología experimental una serie de caminos que a veces convergen o divergen, pero que tienen íntimas relaciones con el porvenir humano.

J. H. Morgan ha estudiado en la *Drosophila* las leyes de la herencia; en sus universales y maravillosos trabajos ha puesto en descubierto que la herencia está en los cromosomas y ha llegado a observar la calidad y la morfología de los que determinan el sexo femenino y masculino, amén de otras series innumerables que generan caracteres secundarios y variaciones.

¿Se podrá influir sobre estos cromosomas, de tal manera que consigamos una generación de machos o una generación de hembras?

Hasta ahora el sexo en el mundo civilizado, además de ser un problema olvidado y despreciado (hace pocos años sube a la superficie y se discute), fué sólo un asunto individual.

En la sociedad humana el sexo no es considerado todavía como un asunto social. Apenas pasa los umbrales de lo individual.

El sexo es individuo y los individuos son machos o son hembras excepcionalmente; en líneas generales, bisexuales. En cambio, en otras sociedades animales el sexo es un asunto colectivo, un problema social, una función de la colectividad. No está en mano de los individuos, sino que es vigilado por la asociación, regulado por la biología social, de acuerdo a las necesidades, y esclavo de la voluntad común o popular de quienes entienden y gobiernan la colectividad.

El macho en las especies no sociables probablemente tenga un porvenir brillante, como veremos más tarde. Siempre llenará sus funciones, el instinto de la vida le colocará en primer término, pues la fecundación será el primer paso para una supuesta eternidad o subsistencia biológica. Mas, así y todo, su importancia ha disminuído grandemente en sociedades tan viejas como los insectos.

Observemos *la función social* del macho en las abejas. Es un parásito. Llegada la época propicia se inicia el vuelo nupcial (ya determinado de antemano por las trabajadoras); uno solo de los tantos zánganos fecunda a la reina, en el espacio, dejando su entraña en holocausto. La reina vuelve a la colmena. Los millones de esperma-

tozoides del difunto son conservados en un saco especial, para utilizarse en la producción de seres que pertenecerán al sexo que las necesidades de la comunidad crean conveniente.

En realidad un solo macho es necesario; los demás mueren...

En el mamboretá (mantis religiosa), la hembra se devora al macho después de la fecundación.

En ciertos coleópteros (carabus), el desgraciado macho muere, roídas sus entrañas.

En varios géneros de arácnidos el macho, al final, es la víctima propiciatoria del amor...

En realidad, la función biológica fundamental corresponde a la madre. Sería curioso saber el origen de este misterio. Me parece que la biología comparada no lo ha alumbrado suficientemente.

Para Marañón, por ejemplo, hay ciertos momentos en la evolución ontogenética y filogenética en que puede haber oposición, pero al final lo masculino y lo femenino se acercan y acaban por fundirse, y sobre esta idea madre publica un hermoso libro de discusión y luz.

Sir Almroth Wright declara que la mujer es el verdadero tipo de la especie, y el hombre la variante sexual. Como Lester Ward piensa que el sexo femenino era el primario y el masculino el secundario.

Que nazcan más hombres que mujeres no tiene ninguna importancia, por cuanto hasta ahora la función social del sexo no está contraloreada y sí en la obscuridad y al azar.

Mas, lo evidente es que la mujer avanza en un sentido biológico de liberación. Sus primeras medidas históricas ya están tomadas: igualdad sexual; contralor de nacimientos, independencia económica, etc.

En pocos años el mundo cambiará radicalmente y la civilización es evidente que será femenina después de su paso por un humanismo integral.

¿Cuál será la posición del macho en esta etapa? Ya el problema sexual estará dominado por completo. Se sabrá, en primer término, cuántos seres humanos se necesitan y se dejarán nacer por hectárea en el campo y por metro en la ciudad. Este hecho importantísimo será previsto. No todas las mujeres parirán. Habrá lógicamente excepciones. Biólogos ilustres pasarán sus mejores horas en los "altos institutos del amor aplicado", estudiando mujeres aptas para la reproducción eugenética. Se elegirán los gérmenes masculinos especialísimos, que se cultivarán "in vitro", desarrollando cualidades superraciales, transmisibles.

Los seres humanos, entonces, se reproducirán en dos maneras: 1.º,

como antiguamente: mujeres por hombres; 2.º, artificialmente. Este último método será el más universal, científico y moral.

Como el amor habrá dejado, en un ochenta por ciento, de ser reproducción pura, las sociedades dispondrán de un porcentaje de un dieciséis por ciento de machos (siglos antes de su total extinción), para cultivo y escuela de la pasión-placer o camaradería.

Sexualmente, el macho significará bien poco, y el espíritu de la especie habrá decretado solamente su producción restringida, en los grandes centros públicos de maternidad...

El porvenir masculino es bien serio. Todavía dominamos, al parecer, y en la ofuscación no vemos esa tempestad, que ya en su primera racha ha desvencijado una hegemonía que parecía eterna.

Mas todo hace suponer que sea verdad cuanto han dicho los hombres de las mujeres en todas las culturas, en la locura de sus ardientes pasiones, al expresar románticamente que la vida y la muerte eran el misterio del profundo femenino.

Juan **LAZARTE.**



Ilustración para NERVIO, de Dirk Kerst Koopmans

EL CANTOR DE "MIJAIL"

PANAIT Istrati ha cantado a la amistad. Mijail es la consecución anhelada, el puerto seguro o el refugio donde el nómada apasionado, en una especie de mensaje solidario, alejada su voz de las palabras entalladas, llega esta vez más lejos, emerge con relieve, vibra, cobra acentos perdurables.

Mijail es un poema, algo extraño o desacostumbrado en esta forma frecuentemente alambicada de casi sentimentalismo, y donde el talento no se ha detenido esta vez en el umbral de ciertas descripciones, ni ha hecho tiempo a la puerta de la señora Convencionalismos.


Ilustración para NERVIO, de José Planas.

Dice algo Istrati allí, parte de la grandeza y la distancia que nos separan, y nos hace la revelación de que los caracteres y temperamentos — aun bajo la reacción de incontables malas circunstancias y a pesar de ser múltiples o diversos — tienen en el fondo semejanzas latentes. Desgarra de pronto el velo de otros ojos que aparentemente nada querían saber de más o descubrir, y tras ese velo se capta la palpitación de la llama del amor; esto es algo sorpresivo, pero había que decirlo así, sencillamente.

Esto sorprende, desconcierta un poco, induce a catalogar una diferencia, a establecer un parangón, a trazar un diámetro de comprensión, a restablecer, en fin, un equilibrio. Ante una obra así — angustia humana y casi derrota, creada por la incomprensión o la miseria — nos ha sonado a blasfemia más de una vez la literatura y el anhelo de los satisfechos; y al caer después en el libro "standard", en la exaltación común, o en la descripción de las exquisiteces societarias, se sufre una caída súbita y profunda; se sale de un palacio y se cae en un burdel.

La vida común, lo que nos es vulgar y próximo, lo que nos atormenta y desconcierta, todo el complejo engranaje de un organismo

social que nos tortura, adquiere en los libros comunes función medular; y el autor medio, para quien el cerebro es sólo una viñeta ornamental, o un sector suplementario, o un agradable decorado, ejerce una función subalterna, lo ignore a veces, o no.

No hay en ellos vehementes aspiraciones ni nada que los arrastre fuera de la seguridad del camino demarcado. No tienen naturalidad, ni pasión, ni genio; sólo tienen, a veces, un esqueleto seco y un esquema de úlceras. Y en una sociedad donde el afán moralista se trueca en institución, llegan a todos los grados de la taumaturgia interna para equilibrar el convencionalismo, y en ese intento de lógica llegan a reducir a teoría, como antes hacían sus flacos predecesores, los puritanos, el golpeteo del desvarío.

Cuando no es así y el libro se sale de lo agradable o acaramelado, se da vuelta el monigote intelectual y, puesto en grandilocuente, se pasea a zancadas y a frases largas, entre el terrible mundo de los profetas, o de los exterminadores, sean éstos sociales o bíblicos; resultan pájaros agoreros, se ciernen como nubes negras tormentosas, borran toda belleza y extinguen toda alegría.

Otros, tratan de imponer suciedades barnizadas que puedan soportarse, por ejemplo: un cínico elegante, un personaje sonriente, de modales delicados, de prestancia física, moviéndose en un ambiente deslumbrador y transformando la orgía, o la vida disipada, en una aparente obra de arte. Claro que para no herir el recato buscarán una frase agradable, una metáfora apropiada; lo cual no impedirá que el graficismo de las frases nos vede el siempre deseado espectáculo de mujeres que salen de la cama con la escasa ropa pegada al pecho, con los ojos oboidales estrujados por la disipación, y adornadas todas — en medio de estas desnudeces — con un insolente lujo de rameras.

¿Que las palabras son al fin bajas y las imágenes pornográficas? ¡Mejor!

Lo primero hará reír a la mayoría por simpatía, y lo segundo por instinto o sugerencia. Todo está hecho a medida — distracción a molde para la inteligencia — y en la olla de los argumentos no se cuecen más papas que para los puercos.

Está muy adentrada la llaga del mal deseo sexual, y hasta se tiene la noble idea de que el libertino es un sujeto muy sociable, fino y obsequioso. Hay también ideales propios, personales; generalmente él quiere ser un amante, y ella una beldad, un tanto revocada como todas las beldades; esto, al fin, no son más que simples, aceptadas y sociales galanuras y no interesa que haya o no el más ligero indicio papilar de amor. Agradar discretamente, he aquí el objetivo social.

Claro que si el flirt degenera mañana en matrimonio, dará lugar

la sonrisa a la seriedad y formarán una pareja interesante y responsable. Harán una especie de trato en el que uno pone la ilusión y el otro el placer; o no lo moverá a él otra cosa que poseerla y a ella el ansia de salir de una vida monótona.

Armarán, claro está, peloteras inocentes: ella le llamará imbécil, lo cual es verdad, y él le llamará a ella mula, lo cual puede serlo. Pero esto no tiene mayor trascendencia, ya que es preciso insultarse mutuamente, a diario y a fragmentos, para que el delicado amor no se anodine en la costumbre.

Estas atenciones se han hecho casi generales en nuestros días; se suelen ofrecer con una sonrisa y aceptarse igual; se dicen personalmente o se envían por teléfono, como en el romanticismo se enviaba, por ejemplo, un ramo de flores o una caja de bombones.

No hay allí nada serio, ni sentimientos ni ideas. Y tan es así, que si se raspa esa moral que sirve de envoltura, aparece el salvaje en toda su violencia y fealdad.

Ya no es el galán, de seriedad a veces apacible, de acciones delicadas y modales exquisitos, sino un hombre común que en la ley de la tiranía universal, imbuído de ambición y rapacidad, no se da reposo más que en la satisfacción personal, ilimitada si es posible. Se acabó la pompa aparente y la solemnidad establecida; entonces no hay sino brillo sombrío y violencia recargada. Y el sentimiento del derecho ajeno o del amor sin trabas entre pasiones semejantes, es una palabra hueca y una risotada de señor en un auditorio de lacayos. Esta constatación duele, cava muy hondo, separa; ese no amarse es indudablemente peor que odiarse. Vamos a todas partes, nos codeamos, nos hablamos, pero atados siempre al egoísmo o a la indiferencia. Esto es algo borroso y confuso: pensar en uno mismo sin conocerse ni dominarse bien, y sin conocer a los demás, y estar siempre solo.

Algunas voces se elevan contra el absurdo y la renunciación vital de nuestra soledad. Panait Istrati es una de ellas.

Ha llegado hasta nosotros con extraordinaria fuerza de espíritu y simpatía, sorteando obstáculos para que la bondad salga ilesa, y junto a nuestro semblante, taciturno a menudo, coloca la revelación de su poema y la expresión vigorosa de algo muy nombrado, pero raramente conocido. Nos dice que a despecho de tantos obstáculos de toda índole, hay siempre alrededor nuestro un apremiante comienzo de dicha.

Y no es que tenga uno añoranzas muy pesadas o deseos complicados, sino más bien anticipaciones, posibilidades, sentimientos, y quizás, por sobre todo esto, un afán morboso de encerrarse cara a cara con el pasado, ser admirador de la miseria en la soledad, goloso del

sufrimiento; chapotear en fin en la superficie de las cosas con desesperación de abandonados. Pero, quizás, mucho de esto, porque se atribuyó uno al principio una importancia excepcional. Luego ello se irá hundiendo poco a poco en la nada de los días; al contacto de la vida las impresiones se hacen reversibles, aunque con lentitud desesperante. Suele subsistir un vacío sin embargo, y no son las creencias ni la religión lo que han de colmarlo, sino la propia vida; hay así que combatir, pero primero a sí mismo. Esa sucesión de días sin objeto determinado no puede prolongarse; se llega al fin a aborrecer la monotonía, la devastación del tiempo, la costumbre.

Existe la sociedad donde se suele estar junto, pero en verdad se halla ausente uno del otro, se han abandonado sin abandonarse; hay sobre ellos una especie de sonrisa, de transitoria cordialidad, un pequeño enredo de palabras, casi nada. Y ese silencio y esa ignorancia mutua son lo más lamentable que nos hemos impuesto. No conocerse entre sí, aun cuando aparezcan hombres distintos con un destello de revelación, o con una máscara distinta, como de sol. Se ignorarán siempre, seguirán cada uno su destino y aún habiéndose hallado no se conocerán ya más y, ¡qué ceguera!, se perderán tantos momentos hermosos, tanta belleza se irá.

Frente a esta angustia más o menos esbozada, Panait coloca, a modo de reflejo que hiere certeramente la retina, el desembozamiento de la sinceridad.

Nada de vacíos fluctuantes, ni de sombras pesadas, ni de pasividades espantables; el sentimiento alerta y la palabra encendida. Amistad, algo de amor sin restricción alguna en su clara simplicidad, y sin subterfugios de sentido malicioso; y que tiene sobre el circunstancial estallido del instinto, una finalidad más alta que no sabe de arrebatos ni de paroxismos desordenados y egoistas, groseramente circunstanciales y breves. Así es el hombre en Panait: alguien que admira, que respeta, que adora; que siente por el hombre una especie de amor que nada real destruirá y que ninguna razón tiene para esperar, ni para concluir. No, verdaderamente, no se sabe hasta entonces lo que es un hombre.

Esto es ya algo, pero aún no lo es todo. Alguien dirá más: se atreverá a decir la distancia y la grandeza que nos separan. Y habrá que decirlo, hacer que la palabra y el talento no se detengan — como si les estuviera vedado — en el umbral de ciertas descripciones; decir lo que nos falta, y ya sabiéndolo, aun incapaces de ese vuelo o de esa superación, mostrar la fuerza de nuestras esperanzas, que si no pueden aún transformar el mundo, pueden subvertir la realidad y hacer más llevadera la vida.

Alfonso LONGUET.



Ilustración para NERVIO, de Mario Venturi.

Elogio para la memoria de mi padre

Papá, cuando moriste, yo, diez y siete años
borrachos de lecturas, no te supe admirar.
¡Gigante gringo rubio de los ojos celestes,
como una escuadra honrado, fuerte como un compás!

Héroe de los andamios, dentro tu cuerpo rubio
fué tu alma blanca y blanda como miga de pan.
¡De sol a sol yugando cuarenta años! Tu vida,
como la de una pala, sólo supo crear.

Y yo, al hacer tu elogio, no hallo uno más brillante
ni más sonoro que éste pudiérase elevar:
Sus obreros llamábanle: "Buon'alma"...
¿Qué más?

Alvaro YUNQUE.

Cartas sobre la música

La música predispone al amor. — *Stendhal.*

IX

ADVIERTO con íntima satisfacción, señora, que mi prédica no es en vano. Le procuro, es cierto, alguna contrariedad, pero cuando se serena usted, reconoce la sensatez de mis observaciones.

Tampoco quiero que usted me reconozca como el feliz poseedor de la verdad absoluta. No hago otra cosa que defender mi posición espiritual frente al arte. El que critica con sinceridad lo que su razón rechaza y su sensibilidad repele, no hace más que salvar y apuntalar su personalidad intelectual. Es probable, también, que mi juicio no sea siempre justo, aunque lo tengo por bueno; de todos modos, la sinceridad de mi expresión da la calidad de mis errores. Por otra parte, no es el crítico profesional, que ha convertido en institución la crítica, el que le habla en estas cartas; es... su desdichado admirador, que quiere hacerle compartir todas las emociones, las alegrías y las tristezas de la música pura. (Si dijera de la pura música me contradiría.)

Así, pues, le agradezco cordialmente la buena voluntad que ha puesto usted en comprender lo que he apuntado respecto de Ansermet, aunque presume usted que me falta sensibilidad para gustar a Honnegger, a Ravel, a Melipiero, a Casella. Inmediatamente se me ocurre esta pregunta: ¿De qué sensibilidad ha de estar dotado el hombre para entender y sentir la obra de estos "modernos"?

Si el fenómeno de incomprensión sólo se produjera en música, entonces, señora, habría motivos más que suficientes para dudar. Pero en todos los géneros artísticos ocurre exactamente lo mismo. Paralelamente desarrollan su acción los vanguardias de la emoción pura, de la emoción estética y abstracta. Ya ha visto usted los decorados de Ballester Peña y Guttero, por no citar sino los más recientes. Tampoco se les puede entender, como no se entienda que son unos aprovechados explotadores de cierta clase social que tiene los nervios relajados, a causa de sus vidas sin objeto.

Ya conoce usted la literatura que pasa por moderna: nada entre dos platos, o si prefiere usted, un montón de palabras bonitas, a descompás. Pero en cuanto a entender, allí no hay nada que entender. Piense en esos humoristas a lo Gómez de la Serna, que son capaces de hacer chistes a la madre que los amamantó, por prurito literario.

Hay que hacer la revolución en el arte — se dice, — hay que derrocar el viejo gusto artístico y poner el arte en consonancia con la época. Claro que sí. Hay que acabar con las viejas mentiras, con la antigua retórica; hay que limpiar los ojos de las nuevas generaciones. Claro que sí. Hay que vestirse de nuevo y rever todo lo que nos viene del pasado. Claro que sí. En teoría estamos perfectamente de acuerdo. Falta tan sólo asignar el verdadero valor de las palabras. La revolución no puede ser obra de retrógrados; ni pueden trastrocar la razón de las cosas, ni pueden mover un ápice el grandioso edificio del arte clásico, cuatro cerebros atacados de infantilismo.

Estos sedicentes revolucionarios artísticos se parecen, psicológicamente, a esos revolucionarios sociales que pretenden derrocar un régimen haciendo estallar una bomba de dinamita y disparando al aire un revólver, al grito de revolución social.

* * *

Así, en música, cuando uno oye a los que han dado de manos y pies en la nueva retórica, comprueba que por obra de su suficiencia artística todavía brillan algunos nombres de músicos que solamente deberían figurar en un museo.

Entre Casella y Respighi, todavía Puccini sigue siendo el músico que "ponía el corazón en el pentagrama". Entre Honnegger y Ravel, entre Falla y Melipiero, Schuman, Schubert, Chopin, Brahms, siguen hablando a nuestro corazón con sus voces ingenuas de abuelos, pero absolutamente imposible de borrar con la cháchara vacua de estos sucesores.

Debussy, Stravinsky, Strauss, escapan a esta observación. Son temperamentos. Entre éstos y aquéllos media la distancia que va de la teoría a la obra, del ropaje al esqueleto que lo viste.

La revolución es una necesidad espiritual de la juventud; mas no confundamos revolución con escandalete de familia. Aquélla ha de ir a sacudir las conciencias, penetra hasta la raíz misma de las ideas y los sentimientos; éste se conforma con vestir un traje más vistoso, aunque debajo del paño existan las mismas lacras, en un cuerpo todavía más indigente.

Vea, si no, a Guttero pintando para "Elixir de amor", a Pet-

torutti dirigiendo un Museo, a Ansermet dirigiendo "Manon", y comprenderá mejor lo que digo.

Toda la obra de estos revolucionarios artísticos ha consistido en volver del revés o en poner patas arriba al viejo estilo, pero sin sentirlo. La superchería es evidente. Musicalmente quizá se haya avanzado en el campo sonoro; pero en la idea y en la inspiración musical no.

Perdóneme que sea tan brusco y apasionado en mis argumentos. Cuando me note la predisposición para equilibrista que distingue a los del gremio, dejaré de escribirle.

Afirmo, señora, que en arte solamente los fósiles intelectuales y los apocados de espíritu pueden juzgar con severidad.

¿Habla un enamorado de su adorada sin unción?

Los que aman el arte, los que creen en el arte como suprema religión, los que identifican el arte con la vida, cuando del arte se trata quebrantan toda serenidad.

Si llegase usted a quererme como yo la quiero, podría concluir mi vida a la luz de estos dos grandes amores: usted y el arte. Primero usted y siempre usted, claro está; porque, como cantó el poeta, "*Mejor que ir sin propósitos al cielo, es ir sinceramente hacia una boca*".

Leónidas BARLETTA.

• • • • •

ACLARACION

No siendo necesaria la dirección asumida en oportunidad, dada la estrecha colaboración y armonía entre los editores de la revista, desde el presente número éstos asumen la dirección de la misma, cumpliendo así los propósitos iniciales de los fundadores.

V. P. Ferrería.

Evolución y Progreso

EN nuestro anterior ensayo trazábamos sumariamente una síntesis del desarrollo humano, de su evolución desde el primate al "homo-sapiens".

En éste procuraremos exponer, con alguna extensión, ciertos aspectos de su proceso evolutivo.

Que el hombre es meramente un ser más en la escala zoológica, no es necesario afirmarlo otra vez aquí, tan palmario y ostensible es.

No obstante, los defensores de la teoría de un generador divino, de un "sumo hacedor", argumentan con marcada complacencia que el lenguaje y el raciocinio son dones divinos concedidos únicamente al hombre, obra cimera de la creación.

Por nuestra parte, y sin que ello constituya un gesto inédito ni una primicia teórica, veremos si logramos superar tales conceptos, demostrando, una vez más, con la ayuda de algunos ejemplos, que ambas cualidades o facultades, la de hablar y la de pensar, son fenómenos de orden natural.

Tanto el órgano fonético como el pensante, no difieren en nada fundamental entre el hombre y algunos mamíferos; luego, no debemos suponer que el lenguaje sea una "función" espontánea de la especie, sino producto de la necesidad, que ha forzado al órgano a adaptarse a la "función", aprovechando una predisposición que, si bien rudimentaria, se encuentra en casi todas las especies superiores.

Por tanto, si el hablar es un acto reflejo, puesto que los sonidos, sus signos, representan valores convencionales asignados a las emisiones fonéticas, el origen del lenguaje debe estar, forzosamente, en la memoria o en el cerebro, su órgano actuante; luego, en buena lógica, el acto de hablar es posterior al de recordar y éste al de pensar. Por consiguiente, el desdoblamiento psíquico es anterior a la expresión.

El léxico del hombre primitivo debió ser tan rudimentario como sus utensilios, sus habitaciones y sus vestidos. Así, los bosquimanos, papús y negroides, contemporáneos nuestros, poseen vocabularios paupérrimos, rudos e inflexibles, insuficientes para representar otras sensaciones que las animales, las únicas que ellos sienten con claridad.

Ahora bien, ¿en qué forma o mediante qué fortuita circunstancia se comenzó a hablar? Sin duda alguna, se hizo expresando con un grito, o una emisión fonética algo distinta de las habituales, el júbilo o el terror, el placer o el sufrimiento experimentados en presencia de un ser familiar o de una bestia feroz, de una presa codiciable o al recibir alguna herida en lucha con un enemigo, expresiones que al repetirse, por la frecuencia de las mismas causas, irían generalizándose entre los miembros del grupo, ampliándose y transmitiéndose de generación en generación, desarrollándose en la medida que se progresaba en los elementos de lucha, en la creación de nuevos utensilios; irracionalmente primero, más ordenadamente luego, hasta entrar en la época de plasmación y racionalización porque han pasado todos los lenguajes.

Si, además, procedemos en nuestro análisis como lo hacen los especializados en el estudio de las leyes fonéticas, y asignamos su parte de influencia a las condiciones climatéricas y al medio ambiente en que cada núcleo se ha desenvuelto, llegaremos a la conclusión lógica de que cada idioma puro es el reflejo exacto de la lucha por la vida que ha desarrollado la raza creadora, y esto nos aparta absolutamente de la alegoría bíblica, según la cual todos los hombres hablaban en un principio una lengua única, la que, por un enojo del creador, habría sido transformada en tantas y tan dispares como son las habladas hoy y las muertas por degeneración o superación, como el griego y el latín.

¡Cuánto más lógico no resulta suponer que en un futuro, sin duda remoto — aunque no tanto como el origen, — por obra del progreso en la cultura humana, todos los hombres de la tierra hablarán un idioma único, pero más simple y, por tanto, más perfecto que todos los empleados por la humanidad!

Y puesto que hemos llegado al hombre parlante, y razonador por consiguiente, veamos cómo ha procedido en el campo de los sentimientos.

Estos, que tampoco pueden dejar de ser "actos reflejos", de idéntica procedencia que el lenguaje, han debido soportar un lento desarrollo — como que son la tónica de la cultura — antes de constituir la vastísima área psíquica, palestra de las tremendas luchas sostenidas por la especie, diversas en cada individuo a pesar de proceder idénticamente y responder a los mismos reactivos.

Desde el instante en que el hombre superó a la bestia y razonó, estableció la diferencia entre el bien y el mal, léase lo favorable y lo contrario, lo que le ayudaba o le estorbaba en la lucha por la vida.

El intelecto del hombre primitivo no sobrepasaría el límite de las cosas circundantes y de relación directa con la vida de tribu, suponiendo ya al hombre en posesión del concepto de agrupamiento como medio de combatir mejor a los enemigos (apoyo mutuo), pero, sin duda, evolucionó y quiso explicarse el porqué de las cosas, de la luz y las tinieblas, de la vida y la muerte, etc., y apareció el Totem, el Misterio, Dios.

Por eso, en las religiones de los pueblos primitivos o en estado arcaico, vemos que las divinidades son, unas veces, los ríos, los bosques, los mares, las bestias feroces; otras, el sol, la luna, las estrellas, el aire, las lluvias y, posteriormente, los muertos, sobre todo si sus hechos en vida fueron de utilidad colectiva, como sucedió en Grecia, donde fué elevado Hércules, un mortal perfectamente historiable, a la categoría de Dios.

Este pueblo, la cumbre de la antigüedad, divinizó todos los conceptos, todas las ideas y elementos en figuras de mitos, de sublimada significación espiritual.

Sin duda que por causas tales tienen los ritos religiosos tanto de pacto o tregua, de donde arrancan las prácticas de los sacrificios expiatorios, más crueles cuanto más cerca del hombre primitivo nos situemos, para quien la víctima ha de ser humana necesariamente y cuyas ofrendas, al correr del tiempo y con la revalorización del concepto de humanidad, derivan en sacrificios menos crueles.

Si tomamos como base de estudio la Biblia, encontraremos que las ofrendas a Jehová se hacían en épocas remotas con seres humanos (sacrificio no consumado de Isaac, degollación de la hija de Jephte). Y si la Grecia, veremos cómo en la expedición contra Troya, aun es inmolada la gentil Ifigenia, hija del rey Agamenón, para aplacar las iras de los dioses.

En la medida que la humanidad avanza se atenúa el sentimiento religioso, y los sacrificios tienen ya más de gratitud por la bondad de las divinidades, cuyas gracias se tienen descontadas, que por concepto de prima por el pacto de seguridad, por así decirlo, como en las religiones más viejas.

El cristianismo representa en este aspecto un gran avance, pues ya basta para sus ceremonias rituales un poco de pan y vino, en substitución de la carne y la sangre de las víctimas.

Tanto progresa la razón, ya lo hemos dicho más arriba, cuanto retrocede el fervor religioso. La crítica de las teorías elaboradas por los hombres de antes demuestra sus puerilidades a los de ahora. Y si ayer en Atenas fué obligado Sócrates a beber la cicuta, por analizar la esencia divina, si Servet era quemado vivo en Suiza, por demostrar la imposibilidad del misterio de la "Trinidad", si Galileo mereció persecuciones por su herejía de afirmar que la Tierra no estaba firme y, por consiguiente, no podía existir el cielo como techo de ella, ni podía servir de asiento a la gloria del Señor, y en todos los casos la iglesia se veía forzada a modificar sus bases y dogmas, hasta el extremo de admitir la Ciencia, que había empezado a minarla, y a emprender la tarea imposible de hallar una salida que le permitiera, sin renegar de su origen divino, convencer a la crítica y a la razón de su inmutabilidad e intangibilidad, no es muy aventurado convenir con Guyau que el porvenir de la humanidad es irreligioso.

Porque para el hombre ya no será un misterio el nacer ni el morir, ya que descubrirá, poco a poco, las leyes de todos los fenómenos tenidos por manifestaciones de la ira o el beneplácito de Dios, y analizando sin tregua llegará al principio puro de cada cosa, pues habrá logrado la desintegración y simplificación de todos los complejos.

En resumen, creemos haber demostrado en nuestro modesto trabajo que, lejos de proceder el hombre de Dios, como se venía pregonando desde hace siglos, es Dios el creado por el hombre.

Por consiguiente, el período religioso toca a su fin, y el hombre, libre ya de la tiránica tutela divina que manejaba los hilos de su existencia, convencido de que nada debe temer ni esperar después de muerto y de que nadie le compensará mañana de la infelicidad de hoy, se apresta resuelto a realizar su propia obra y a labrarse su gloria, pues el paraíso no puede quedar atrás, sino adelante, tanto como la libertad y la justicia, metas a las que debe aspirar con todas sus fuerzas, pronunciando para sí el mágico "gocemos" que aquel sabio tan combativo, el creador del positivismo, y el que más ha hecho por la redención del hombre, repitió incansablemente hace veinticinco siglos.

Isidoro **AGUIRREBEÑA.**

APORTE AL ESTUDIO DEL PSICOANALISIS

Consideraciones finales.

EXISTE en la manifestación psíquica como un desdoblamiento que nos permite apreciar características generales a todos los individuos, comunes a todos los casos y que nos inducen también a considerar el medio en que se desarrollan como un campo favorable en el que vibran y entrechocan las emisiones de cada uno.

Basándonos en esta observación y atendiendo con preferencia a generalizar el tema, para una mejor comprensión y para finalizarlo, diremos que en cada persona existen como dos actividades de orden psíquico: una consciente, que es la que se deriva del conocimiento adquirido; otra inconsciente, si así puede llamarse, como que está regulada y determinada por leyes de gravitación cósmica o tiende a recuperar su equilibrio, y corresponde a la vida instintiva o animal.

Del análisis de éstas, relacionadas entre sí, surgen comprobaciones que reputamos interesante, pues no cabe duda que en su apariencia esta actividad inconsciente es equiparable, en naturalidad, a la propia de una personalidad consciente.

Diremos primero en qué consiste este desdoblamiento.

No es en el estado hipnótico, reconocido por la ciencia, pero provocado por fuerzas ajenas al individuo, que sucede, sino en un estado sonambúlico, provocado por el mismo sujeto mediante ejercicios conducentes a ello, y durante el cual la exteriorización de diversas personalidades no simultáneas, ajenas, al parecer, a la habitual idiosincrasia del sujeto, es de tal realismo que ello origina la teoría, que muchos afirman, de la supervivencia del alma y su manifestación comprobatoria después de la llamada muerte o desintegración física.

Hemos intentado demostrar, bien que en forma sucinta, la posibilidad de que el alma no existe como tal, sino como creación arbitraria de la humana ignorancia y, consecuentes con este propósito, intentaremos explicar los fenómenos que se producen en el trance sonambúlico, bien que sólo aquellos que tienen relación más inmediata con el factor inteligencia, descartando, por tanto, los de efectos físicos.

Aclararemos ahora que en todo trance sonambúlico, o estado de mediumnidad (como suele llamársele, atendiendo que es "medio de expresión de otra alma"), el sujeto permanece con su facultad inteligente en aparente letargo, lo que no obsta para que manifieste características naturales como propias de otra individualidad, lo cual motiva el equívoco antedicho y la errónea teoría que señalamos.

Es posible afirmar que toda personalidad manifestada entonces, corresponde a un conocimiento previo de esta misma. Y en su desarrollo ordenado sigue el curso que el sujeto **sabe** lógico en la clase de individuo que exterioriza. Tal, por ejemplo, como el actor teatral, que no crea éste un personaje, sino que es consecuencia del conocimiento que del mismo tiene, y lo traduce con la palabra y el gesto.

Así, el factor que motiva el predominio de un determinado aspecto

psíquico que motiva, a su vez, su consiguiente medio expresivo, es en todos los casos una impresión externa, más o menos cercana, cuya equivalencia interpreta, en lo que le es posible, la anormalidad psíquica del sujeto.

Conviene advertir, sin embargo, que en algunos casos en los que la manifestación aludida es superior a la característica media del sujeto en estado normal, la observación demuestra que el sujeto vive, en estado "normal", una personalidad tímida y oculta, que no obstante valoriza continuamente y evidencia en la originalidad del trance. Muchos procesos de gradual adelanto, que se acentúan en sucesivas experiencias, guardan, en estos casos, las mismas leyes que los procesos "normales" de aplicación.

Atendiendo, pues, a la anormalidad psíquica que es necesaria para lograr los resultados que comentamos, surge evidentemente que toda persona que alcance la realidad del trance sonambúlico, como los que, sin haber llegado a él, sufren los síntomas apreciables de su inminencia, viven en estado de neurosis, que se caracteriza como un extremo desequilibrio del psiquismo.

Todo estado neurótico estriba, en principio, en que no existe delimitación precisa entre lo inconsciente y lo consciente. La condición adquirida ha alterado, entonces, el equilibrio psíquico a que nos referimos.

Recapitulando nuestra anterior colaboración, el lector atento encontrará, sin duda, la ilación necesaria para comprender las aparentes paradojas que hemos esbozado ligeramente, con toda intención.

En efecto, hemos considerado el psiquismo como un núcleo de naturaleza sensible, motivado en causas naturales, regido por leyes magnéticas, y ahora hemos de precisar, si no su elemento constitutivo, por lo menos sus reacciones, que evidencien la propiedad de nuestra hipótesis.

El trance sonambúlico o, mejor, el ejercicio de la llamada mediumnidad, motiva como un restablecimiento, que nunca es logrado en difinitiva, del equilibrio psíquico, y los individuos enfermos consiguen, así, una apariencia de normalidad, bien que momentánea, según el **desahogo logrado**.

Lo más interesante es que este trance puede ser provocado por manipulación ajena, por la influencia aplicada de otros organismos psíquicos, en determinadas condiciones de desarrollo.

No olvidemos, sin embargo, que todo individuo, sin excepción, por la anormalidad que supone toda condición adquirida, vive permanentemente un estado neurótico, y su latencia es posible evidenciarla mediante el tratamiento antedicho. La manifestación que se produciría en este caso no diferiría, de las demás extremas, sino en cuanto a intensidad se refiere.

Por otra parte, la misma modalidad que uniforma todas las investigaciones es la mejor negación del alma que pretenden los religiosos, pues que todas las experiencias tienden a confirmar la materia, tan sólo materia, como elemento único del psiquismo.

V. Fernández CANTINA.

UNA VOZ SE HIZO PARA HABLAR...

DE los libros de Han Ryner, el "Sócrates moderno", de sus Evangelios de belleza, iluminados por la Sabiduría, "Les paraboles cyniques" ("Las parábolas cínicas") me impresionaron hondamente.

Han Ryner intenta "restituir la belleza del pensamiento cínico", y nos ofrece la más bella de sus creaciones, **Psychodore,** discípulo de Diógenes, más grande que el maestro, más grande que Antístenes y Grates y Menipo, imaginándose que el filósofo habría de manifestar su pensamiento por medio de parábolas.

El Cristianismo, en su santa piedad iconoclasta, "no dejó en pie ningún monumento de la Sabiduría cínica".

No quiso que la civilización de los santos y de los castos supiese que "cinco siglos antes del Evangelio habían sido expresadas tantas parábolas con un sentido mucho más evangélico a pesar de ser ortodoxas".

¡Cuántos crímenes de lesa felicidad humana se cometieron y continúan perpetrándose por la piedad irreverente de la caridad cristiana!

Y Han Ryner, el poeta "de la música del sueño y de la sonrisa de la duda", el que nada afirma, reconstruyendo, genialmente, la maravillosa filosofía de **Psichodore** prueba, si es preciso aun una vez más, que las verdades son como el Fénix de la leyenda: renacen de la hoguera, de los autos de fe, de la prohibición de hablar o de pensar. Muestra que las verdades están dentro de cada conciencia y que, una a una, llegarán a realizarse, a descifrarse, a adivinar el enigma de su esfinge interior, a descubrir la solución para el problema de su propio ser en pos de la felicidad.

Hoy háblase mucho de Krishnamurti, el nuevo instructor de la humanidad.

Han Ryner nunca se proclamó "la verdad, el camino y la

vida". Ni posee pífanos para anunciar su verbo de Amor. Pero ya dijo cuanto Krishnamurti viene lanzando como verdades nuevas.

Amo y admiro vivamente a Krishnamurti y a su filosofía individualista — y Han Ryner le ama también, — mas la filosofía ryneriana y, en particular, la vida de Han Ryner, son como lámparas de bendiciones sobre nuestras borrascas interiores.

Han Ryner es una mentalidad cíclica. Sin duda, será considerado por los siglos como la figura excelsa de uno de los más enormes instructores de la humanidad. Realiza la armonía del pensamiento y de la acción. Y enseña que hay muchos caminos y muchas verdades... Y cada uno tiene su problema y su esfinge.

En una de mis cartas, hablándole de mi devoción por Mahatma Gandhi, pregunté al filósofo amado y admirado qué pensaba de Krishnamurti. Y me respondió:

"J'aime beaucoup Krishnamurti, dont la pensée me parait presque toujours proche de la mienne et qui, pour exprimer ses idées libératrices, trouve souvent de belles images de poéte. Je l'aime surtout quand je songe á la pureté et á la force qui lui ont permis de repousser le róle éclatant qu'on lui avait préparé." (1)

Tiene razón. Repito que amo y admiro a Krishnamurti. Es grande, es admirable, es incorruptible.

Sin embargo, para mí, Han Ryner es más completo, más amplio, más humano, más profundo, porque es más penetrante y más rico y más poeta y se halla más próximo a nuestro atormentado corazón.

Me habló también de Gandhi. Oídlo:

"Gandhi est trés grand. Il sait ou est l'unique moyen de salut. Peut-étre se trompe-t-il, en croyen que le temps est venu de réveiller les morts. Peut-étre son effort de non-violence, avec des hommes encore insuffisants, aboutira á de pires violences. Je ne sais. Nous sommes naturellement trés mal renseignés, trés trompés pour une Presse qui est toute vendue. Son effort créera-

---

(1) "Amo muchísimo a Krishnamurti, cuyo pensamiento me parece siempre muy cerca del mío. El, para expresar sus ideas libertadoras, encuentra a menudo hermosas imágenes de poeta. Le amo, sobre todo, cuando pienso en la pureza y en la fuerza que le han permitido rechazar el brillante papel que se le había preparado."

t-il du bien?... du mal?... Impossible de prévoir. Mais, il fait ce qu'il croit devoir, donc ce qu'il doit. Il est dans le chemin nécessaire. Si quelques passants doivent, par leur mouvement, faire se détacher des rocs surplombants qui les écrasent, eux et leurs compagnons, ce n'est pas leur faute. Il faudra bien que l'humanité passe par ce chemin, si elle peut étre sauvée. Si elle n'arrive pas a la non-violence, elle arrivera, par les gaz et autres moyens scientifiques, au suicide. Gandhi a donc raison d'indiquer, a tous risques, la seule route." (1)

Acabo de transcribir dos trozos de la carta de Han Ryner, fechada el 12 de julio de 1930, cuyo autógrafo me es muy caro.

En ellos está condensado, en gran parte, el problema ryneriano en su aspecto de no violencia y en el aspecto heroico de la incorruptibilidad del carácter.

"Les paraboles cyniques", según la expresión de otro gran artista, Florian-Parmentier, constituye "una de las obras que mejor ponen de relieve la sutileza del pensamiento y la sorprendente magia del estilo de Han Ryner".

En su primera parábola, "La source" ("La fuente"), el filósofo intenta satisfacerse a sí mismo. Busca conciliar su individualismo antisocial con su actitud de suprema resistencia a las fuerzas reaccionarias, resistencia manifestada con la pluma, por la tribuna, por la acción, con toda su existencia filosófica de neo estoico, siempre al servicio de la solidaridad y la fraternidad humanas.

Si la sociedad es la limitación, la fatalidad inexorable contra el individuo, Han Ryner es tan antisocial como es posible serlo. Y, por ser social, el filósofo habla a quien tengo oídos para escucharle.

Sabiendo que los discípulos suelen prostituir la voz de los maestros — como el Cristianismo ha hecho con Cristo..., — Han Ryner se justifica de esta manera delicada: "Una voz se hizo para hablar".

---

(1) "Gandhi es enorme. Sabe dónde está el único medio de salvación. Quizá se equivoque creyendo llegada la hora de despertar a los muertos. Tal vez su esfuerzo de no violencia, con hombres aun insuficientes, llevará a las peores violencias. No sé. Nos encontramos naturalmente muy mal informados, engañados por una prensa toda vendida. ¿Creará su esfuerzo el bien?... ¿El mal?... Imposible preverlo. Pero él hace lo que cree el deber, es decir, lo que debe hacer. Se halla en el camino necesario. Si a causa de sus campañas algunos caminantes deben apartarse de las rocas que se desploman y los aplastan, a ellos y a sus compañeros, no es culpa suya. Será menester que la humanidad pase por este camino si puede ser salvada. Si no llega a la no violencia, llegará, por los gases y otros medios científicos, al suicidio. Gandhi, pues, tiene razón de indicar, a pesar de todos los riesgos, el único camino."

"La source" es una parábola que, por sí sola, inmortalizaría una pluma de artista, de sociólogo y de filósofo. Otra la complementa: "Le troupeau qui béle" ("El rebaño que bala"). Nunca vi protesta más sentida, más profunda, más fina, ni tan expresiva como ésta contra la civilización industrial que atesora para la minoría y es la causa de esclavitud, de tiranos y de asalariados, la causa de la miseria moral de déspotas y esclavos de esa tremenda gleba férrea de fábricas y talleres.

Vivimos la civilización que quita virilidad a las conciencias, matando el individualismo en esas máquinas de trabajo, de ambición, de mercantilismo, en la explotación del hombre por el hombre, en esta sociedad en que predominan y **vencen** los llamados "hombres prácticos".

Basta de oír, confiados, las sabidurías de la vulgaridad, la sabiduría cobarde de los apóstoles y sacerdotes, basta de asumir el papel de mártir, héroe o sacrificado inútilmente, en medio del balar de las multitudes que aprueban y linchan con la misma inconsciencia estúpida y brutal.

Ser tan antisocial como sea posible, abandonar todas las galerías subterráneas del infierno social y subir a los abismos de luz de la vida subjetiva, para soñar, para crecer, para integrarse en sí mismo.

Mientras haya hombres que quieran reglamentar, mediante leyes, los "complejos efectivos o los psicológicos", la Naturaleza se rebelará, imbecilizándolos a través de las muchedumbres aborregadas, domesticadas, que se someten al yugo increíble de un dictador paranoico, epiléptico, como Napoleón o Mussolini — "Himalayas de infamias" — o arrojándolos locamente a la lucha de clases, en donde cada grupo o partido tiene la pretensión de esculpir un sueño único para todo el orbe.

Mientras existan legisladores, habrá quien se someta al guante de los gobiernos autoritarios y quien esté dispuesto a sacrificar la propia vida y la vida de los otros para substituir o modificar las leyes interminablemente.

La verdadera sabiduría nos enseña que el medio no es el sometimiento o el servilismo, ni la ley tiene poder para despertar nuestras energías latentes.

Las parábolas de Han Ryner — sería preciso citar todas — contienen los más vastos y más profundos problemas humanos.

Han Ryner es un Poeta Anunciador. Su sabiduría socrática, la magia de su lenguaje, la limpidez de su estilo helénico, toda su serenidad imperturbable de estoico en la defensa de ese sabio individualismo reivindicador de la posesión de sí mismo, todo, en Han Ryner, hace de él una de esas excepcionalísimas personalidades que hablan para todos los siglos, para todas las épocas históricas, para todos los pueblos, para todos los ciclos de la evolución humana.

Han Ryner es uno de los más altos instructores de la humanidad.

María LACERDA DE MOURA.

San Pablo, Julio 1931.

Tradujo del portugués P. B. F.



Ilustración para NERVIO, de León Poch.

BESTIAS DE LABORATORIO

EL SABIO DE OCHO CABEZAS

NO se trata de un animal mitológico. Mucho menos de una malformación anatómica que nos presente un "fenómeno", de los comunes en museos.

Es un hombre aparentemente normal. Quizá sea poco más degenerado que el común de los mortales.

Alguien le ha dicho que el genio es una enfermedad: se hace, entonces, el enfermo. Algunos días habla solo, golpea las puertas o se encierra. Escribe muchas cosas estúpidas para las revistas científicas, editadas por comerciantes. Todo lo que produce, lo encuentra en cada una de sus ocho cabezas.

Sin duda, el hombre cree que es un sabio.

¿Cómo no he de serlo — piensa seguramente — si tengo ocho cabezas?¿Cuándo algunos seres han descubierto algo con una sola como yo?

Pero expliquemos el suceso de la policefalia.

Un día comprendió el hombre cuán fácil era hacerse personalidad en un país donde todos son tuertos. (En esto tuvo un soplo de talento.) Se abocó a un problema arduo, serio.

Congestionante, supersevero de la biología y la medicina, ¿cómo no llamar la atención pública un hombre que se atreve a investigar lo ignorado por los demás? ¿Qué se propuso resolver el sabio en colaboración con sus ocho cabezas?

¿Acaso no puedo llegar muy lejos, se dijo, toda vez que he conseguido que mis siete cabezas **piensen** y **obedezcan** como una sola?

Bueno, digámoslo pronto: las ocho cabezas del sabio, que trabajaban para él y daban pasto a su manía elucubratoria, eran siete doctores, bien castrados por un buen alquiler, que, para colmo, lo pagaba el Estado.

El sabio los eligió bien. Como los amansadores de caballos, les probó el freno, los puso cien veces bajo el peso de las espuelas. Nadie se resistió ni protestó. Adelante.

Esta gente — pensó — es la que me hacía falta: mansa, sobre todo, mansa.

Y siguió su camino ascendente.

—Usted haga esto. Usted resuelva aquello. Usted me prepara eso otro.

¡Aquello era una fábrica de zuecos o carpintería mecánica! Todo respondía al capataz, que ejercía el comando único.

Todo por la Ciencia... y por mí, pensaba el sabio.

Así, las ocho cabezas trabajaban. El sabio las dirigía. Lo mismo



Ilustración para NERVIO, de Julio Orione.

que en los cafetales o los yerbales: uno recoge las ganancias; los demás **obedecen** y **trabajan** bajo el cariño del máuser.

Entretanto, el sabio llenaba páginas de revistas nacionales y extranjeras con su portentoso talento investigador. (Las ocho cabezas cobraban su sueldo mensual, honrosamente ganado con el entregamiento de la inteligencia, o lo que sea, fertilizada en las aulas de la Universidad.)

La explotación científica del hombre de ciencia era toda una realidad.

El sabio había conseguido su primer éxito. Ello le dió prestigio de organizador del trabajo... ajeno. En ese tiempo obtuvo una solución inyectable con las mismas potencias espirituales y tónicas del agua bendita. La solución impresionaba por su color rubí. Con "eso" **curaba** sus enfermos, según lo comunicó en una asamblea de académicos miopes, calvos y reumáticos, que lo consagraron un **valor** de la ciencia criolla. (Esto no evitó que un día, pasados los años, cuando salió de las ocho cabezas ya encumbrado, vociferara y escupiera todas las culebras imaginables contra los académicos, a la sazón en decadencia. La gratitud nunca ha sido atributo de los grandes hombres.)

DESGRACIA CON SUERTE—

A poco del negocio de la explotación científica, cuando las primeras fotografías de los periódicos daban al sabio aureola de sacerdote dentro de un templo, ocurrió una desgracia. ¡Oh, crueldad de los dioses!

Ahora que en la ciudad se hablaba del tesonero afán del "hom-gloria de salir fotografiado en el preciso instante en que inoculaba una rata.

Ahora que en la ciudad se hablaba del tesonero afán del "hombre" por salvar a la humanidad de un flagelo terrible; ahora que había conseguido ser el **eje intelectual** de la Villa donde tenía su laboratorio, ocurre con el sabio algo trágico: se le muere una de las ocho cabezas...

Desesperación, ideas suicidas, aislamiento, sensación de desastre moral, todo eso rodeaba la vida del hombre. Pero no son los golpes más que estímulos en la vida de **los grandes**, recordó haber leído alguna vez nuestro héroe.

Y resolvió no perder la ocasión y seguir explotando a **la cabeza muerta**, después de perderla. ¡Le levantó una estatua!

¿Para qué sirvió la estatua de una de sus ocho cabezas? Pues para hacerle decir, por las comparsas de satélites y clientes de la Villa, todos los ditirambos a su "propio genio", y que él recibía como de **refilón**. (En verdad, ¿podrá negarse genio a quien ha sabido explotar la muerte y, lo que es más, la muerte de su propia cabeza?)

El elogio, es decir el pregón, constituye la base del éxito en el comercio, en las artes y, hoy, en la ciencia, sobre todo. Vaya si nues-

tro hombre lo sabía. Por eso, después, pensándolo bien, comprendió que no dejaba de ser una suerte tener en la **cabeza muerta** otro gran factor de gloria, en vida.

LA INDUSTRIA DE LA FAMA—

Una vez, el hombre solicitó a un pinche del diarismo que lo reporteara, "para la posteridad".

—En mis comienzos — dijo el sabio — fuí comerciante.

Como el principio y el fin de todas las cosas se parecen, por aquello de los extremos, el sabio **sigue siendo** un aprovechado comerciante. Para decirlo mejor, es un industrial, y nada menos que de la fama. ¡De su fama!

Así se explica que al sabio de la Villa le interese más una buena organización del cuerpo de **pregoneros** que cualquier problema científico serio.

Por lo demás, el hombre está de acuerdo en que después de Pasteur y de Claudio Bernard no se ha ido mucho más arriba. La ciencia es, en manos de nuestro sabio, no otra cosa que un medio de vida.

Entiende por eso de vital importancia para él (aunque no lo sea para la ciencia) formar parte de todas las murgas más o menos científicas que de vez en vez realizan congresos para afirmar cosas raras, descubrir un tratamiento o un aparato con miras a la "colocación" en plaza.

La fama es para el hombre lo único digno de conservar. Francamente, su condición de prócer en la vida lo pone a cubierto de la maledicencia.

—Hay que trabajar, hay que producir mucho, pero mucho... Llenar muchos libros. No importa que no se diga nada. Lo que importa es poner la firma muchas veces. Además, para labrar mi pedestal tengo estas siete bestias que son mías, que piensan para mí y hacen lo que yo quiero.

El hombre sueña con la inmortalidad. Para ello cree que sólo basta la letra de imprenta y el cliché.

Como todo sabio oficial, nuestro personaje es patriota, y cuando puede aprovecha las fiestas nacionales para explotar a la mismísima patria, conjuntamente con **la cabeza muerta,** la cual, desde luego, lleva su apelativo.

FINAL DE NORMA—

El sabio tiene un odio bárbaro a sus ocho cabezas. Ellas lo persiguen, le quitan el sueño.

Ahora que está cerca del pináculo, quisiera asesinar a sus colaboradores, mejor dicho, a los hacedores de la obra que él firmó.

Vive perseguido por la sombra de cada una de sus cabezas. La muerta, la pobre cabeza muerta, lo maldice a medianoche. El sabio anda buscando, a cambio de la gloria, un poco de tranquilidad para su carne torturada por la gangrena del egoísmo.

Cuando lo miran las ocho cabezas parece que le escupen...

* * *

El hombre está en el manicomio, con la remota esperanza de que ahí encontrará otros a quienes explotar.

Es lo que le hace falta ahora que, para ser genio, es también loco...

Edgardo CASELLA.



TEOREMAS

I

Yo no me siento pagado al ocupar la espléndida limousine de un amigo; ni orgulloso cuando me estrecha la mano un socio del Casino; ni bello al vestir elegante y costoso.

Estoy contento de lo que yo he podido construir en mí para mis semejantes.

Amo la gloria.

Fundo la gloria en semejarse cada vez más al sol, que brilla por sí mismo y para todos. Y pasa lejos de las lunas, que brillan por los soles.

COROLARIOS:

1° — El orgullo consiste en el don de poder.

2° — Sólo el mediocre, al andar en zancos, se cree grande.

II

¿Lo que dicen?

Eso no me importa nada.

Lo trascendental es: lo que se hace.

Tengo mi espíritu tal como mi conciencia.

Yo sé esto:

Para mis hombros tomaré la carga que yo quiera tomar; no la que otros quieran imponerme.

COROLARIO:

No es la calumnia lo que mancha, sino el error cometido.

III

Bien.

¿Y qué?

Tienen lengua: pueden hablar, hablar en su idioma.

Yo no les podría responder, porque no sé hablar en ladrido.

Yo no les he de responder porque si ellos ladran, también hay otros que dicen.

Para aquéllos tendría que buscar un intérprete.

¿Querrás ser tú?

COROLARIO:

Eso dirán. Y algo mejor.

Manuel LOPEZ PEREZ

San Salvador (Centro América).

LO DESCONOCIDO COMO FACTOR DE PROGRESO

EN la historia humana existe algo fecundo intencional y algo fecundo inconsciente: las costumbres modificables esto, y las ideas proponentes aquello.

Lo segundo sirve de corredera para llevar a la humanidad a sus esferas suaves de avance por la ruta que el desenvolvimiento lógico de su camino fuerza a ello: la humanidad no retrocede jamás. Pero por lo primero, se ajustan, se aprovechan esas tendencias a la modalidad, a finalidades de bienestar que quiera darle la comunidad de los pueblos.

No entrará en nosotros analizar el estancamiento de las fuerzas lastres de los que quieren, en todo tiempo, retener el devenir continuo, cual la última estrella del alba pretende perdurar la noche que aleja.

La vida, esa íntima conexión de diversidades que se echó a rodar y que no ha de detenerse ante ninguna sugestión filosófica, guarda en sí misma *el no saber adónde va* y "eso" es lo fundametal. Porque cuando el hombre se percató que la vida guardaba lo desconocido, creó entonces su fuerza psicológica que había de ser luego la palanca serena, potencialmente serena, que haría avanzar lo que él quisiera (en la técnica entraría el cómo; esto es, *como* el quisiera), como resultado medio de la amalgama social. Hubo un momento en que el hombre se dijo: la vida es inconsciente, ¿adónde iremos a dar si no la encauzamos? La humanidad se hizo racional en ese instante, porque vió que lo desconocido la amenazaba con la pesada carga de las responsabilidades. Y las aceptó porque vivir era lo apremiante.

Si la humanidad hubiese seguido creyendo en las fuerzas sobrenaturales continuamente, perennemente, hoy estaríamos atados con el cerebro como un chino de las épocas remotas. Pero la historia no pudo ser así. El hombre fuése percatando a cada latido de su corazón que algo bullía en él en forma de nebulosa inquietud; y la inquietud es el devenir, la presciencia de la historia. Nosotros nos detenemos ante lo fatal, ante lo que creemos imposible de que suceda de otra distinta manera; pero ante aquello, por más mole que fuera, que nos deja una

rendijilla por donde infiltrar la gota de cerebro inconformable, ya está el milagro esperando la parición.

La historia del desenvolvimiento de la humanidad está equivocada cuando deja totalmente de lado esta concepción cerebralista de la historia, sin desconocer que la técnica, la infraestructura económica crea "su" superestructura intelectual, etc.

Pudieron los primeros hombres someter a sus hermanos; tal vez pudiérase, ahora, lo mismo, hacer desandar un trecho la vida; pero si en las pequeñas circunvoluciones quedan aberturas libres, contracciones espirituales, la humanidad, ni los esclavos, no se rendirán nunca. Si bien Aristóteles creyera que el esclavo lo era porque había nacido tal, muchos esclavos en Grecia creían lo contrario, pues es sabido que formaron hordas de asaltantes, expuestas a todos los terribles peligros, antes que aceptar la condición inicua de esclavos, aunque el "padre de la filosofía" encontrara razones que la justificasen a los ojoss clasicistas.

Lo interesante de esta concepción, de esta idea de que en la historia cuando el hombre intuyó que en la naturaleza no había un destino, sino de que marchaba a lo desconocido, es que al pretender encauzar la vida, también comenzaron a vislumbrarse distintas tendencias geometrizantes. Esto es, se dividieron las opiniones: unas por ignorancia de sus fuerzas y otras, con vislumbradas intenciones lógicas, encararon el problema falsamente.

Ya no es el hombre quien acepta la férrea y caprichosa voluntad de la naturaleza sin dominarla, sino que le da una exteriorización a su semejanza. La virtud de los griegos ante el fanatismo oriental está, precisamente, en ello. Grecia puso orden en los fenómenos naturales, encauzó la religión sin sacrificarse mucho. El cristianismo circunscribió aun más, extendiendo los "beneficios de la religión del Dios puro" a todos los de la comunidad. En cierta medida, Cristo igualó a los hombres ante la religión, pues que un griego no hubiera podido hacerlo por cuanto sus grandes filósofos, Platón, Aristóteles, etc., aceptan en principio la esclavitud. La revolución francesa equiparó a los hombres ante la ley y en el futuro la educación los nivelará ante la conciencia de cada componente de la comunidad.

Y esa habrá de ser la etapa final de nuestra era, que comenzó con los movimientos ingleses del siglo XIII, para empezar tal vez otra.

Cuando la humanidad dióse cuenta que lo desconocido del mundo le abría ancho campo de posibilidades, fuése ella encerrando en su propia ignorancia. La ignorancia era su mal mayor. No es ciertamente mie-

do lo que la precipitó. El miedo fué una manera de defenderse. La ignorancia no. Ni siquiera puede decirse que era ignorancia, sino desconocimiento de los fenómenos que la rodeaban. Y tanteó en la obscuridad. Tropezó con cuanta dificultad es de imaginarse. Y los problemas más apremiantes la encerraron en un círculo vicioso.

De etapa en etapa llegó hasta el racionalismo, no la teoría, y temerosa de caer apresada por leyes inconscientes puso diques y canalizó todas las verdades que así creyó que lo fueran. Se encerró en represas tan formidablemente hechas, elaboradas con tanto fanatismo, que para voltearlas era necesario la sangre, el fuego y la destrucción. Las mismas conquistas eran luego barreras casi infranqueables que sólo a fuerza de ininterrumpida constancia lográbanse luego renovar. Es así que la conquista hubo de ser luego obstáculo.

La humanidad en su historia fué pasando por tantos sorteamientos difíciles cuantos se le presentaron para superarse. Si la vida hubiera sido una derrota continua del hombre, un eterno fracasar, entonces sí podríamos creer que su destino estaba circunscripto a no avanzar, pero no fué así. Aquel primer golpe de luz que brilló en el hombre primitivo al tomar una piedra para voltear una fruta o al vadear un arroyo, etc., con lo que vió que lo que estaba "más alto" o lo que estaba "del otro lado" no era circunstancia para no pretenderlo, le hizo comprender que podía dirigir inteligentemente sus deseos y saciar satisfactoriamente sus necesidades.

Estas razones que parecen simples encierran toda una renovación historicista, pues que la mayoría de la historia niega a la convicción del hombre valor de progreso, sino en tildándola de fanatismo. Es la seguridad de que guiando nuestros pasos vamos a hallar la meta esperada. No es otra cosa. Aquellos que a cada paso rugen de baba en contra de los renovadores, porque desconocen que por sobre todo afán de vencer por vencer existe la más lógica convicción de que el porvenir no está en el futuro (sería caer inconscientemente en las teorías ortodoxas de las causas finales), sino que ya vive el presente en cierta magnitud, impregnado de él, saturado de él. Esta saturación es la humanización del tiempo, de las cosas, de la energía del hombre; la intencionalidad de sus actos.

El sufrimiento fué el eje, el busilis de aquella comprensión de que el hombre mismo podía hacer la historia. Lo doloroso estriba entonces que en aquella lucha formidable de intereses sucumbieron muchos; se agotaron energías y corazones de oro puro.

¡La historia se hizo interesante!

Empezó a perfilarse la lucha humana. El hombre enfrentó al hombre y ganó la humanidad. No es una paradoja; es la fuerza más capacitada que se puso en pugna a todo. Fué suficiente que el hombre se percatara de que él tenía la llave de su propia existencia para desarrollarse en distintas formas. Vinieron los deseos del sometimiento, la idea estrecha de patria y de propiedad; la noción absurda del propio valer enfrentándose a los "valeres" de los demás. Aquel deseo de deificación, la continuación del "tabú", el camino a la fuente, el árbol sagrado, el hombre providencial. Luego, las guerras de religión, de razas, de intereses mezquinos; lo horrible, lo funesto, la gran tragedia.

Hoy ya no tenemos temor de esos problemas. La cuestión fundamental ya está claramente en marcha. Los artistas todos, literatos, pintores, arquitectos, poetas y músicos lo saben. Es la hora en que las definiciones no deben arredrar. Ya sabemos que lo desconocido, aquella noble lucecilla que iluminó al primer racional—antes era una masa humana,—es verdadera y que la historia la debemos encauzar a semejanza de nuestros buenos sentimientos e ideales. Aún hoy los artistas, al pretender que ellos representan una fuerza efectiva individual, se destruyen mutuamente. Cada uno se cree la representación, el eje central de fuerzas admirativas y no son más que negativas fuerzas aisladas. Unirse es la sagrada palabra. Cuando nos percatamos de que todo dependía de nosotros, empezó una lucha infame de unos contra otros, y alguien tuvo razón después para exclamar "el hombre es el lobo del hombre". Los obreros manuales dieron el inteligente ejemplo de aunarse en comunidades, primero con carácter erróneo, pues es sabido que algunos movimientos lo fueron para adquirir primacías religiosas, y después, cuando se forma la verdadera conciencia, para adquirir derechos que estaban implícitos en su primer despertar. Desde entonces la historia verdadera se encuentra naturalizada por las aspiraciones de todos; antes era entenada de la casualidad. En su lugar los artistas se separan cada día más. Es verdad que indirectamente los obreros que se reunen en consecuciones de bien lo hacen porque están impregnados de la verdad que aprendieron en los libros; pero, ¿por qué rehuyen la responsabilidad directa los artistas?

Esta es una sola faz del problema, porque si nosotros tomáramos el marxismo al pie de la letra, al revés, ¿adónde iría el hombre a parar el día que dominara a la historia?

De ahí que la fuerza que encamina a la historia puede ser consciente e inconsciente. Las primeras industrias, las primeras ideas escritas

sobre la esclavitud por los mejores escritores de la magna Grecia, ¿no eran acaso el deseo de justificar el gran inhumanismo que los circundaba? ¡Y son los mejores genios del universo! Era el bien inconsciente. ¿Qué es todo aquello a la exclamación ante una cooperativa o un acto eleccionario de verdad u otro acontecimiento valeroso?

El saber que el mundo marcha a lo desconocido abrió la primera ventanilla del cerebro. Ahora, que sabríamos hacer la historia, ¿qué hacemos?

¿Hasta qué límite vamos a creernos, cada uno para su coleto, que somos una superioridad aislada en medio de la mediocridad que nos rodea y que sólo debemos tratar de atraer las miradas hacia nuestro estúpido egotismo?

¿Hasta cuándo?

Ricardo BERNARDONI.

• • • • •

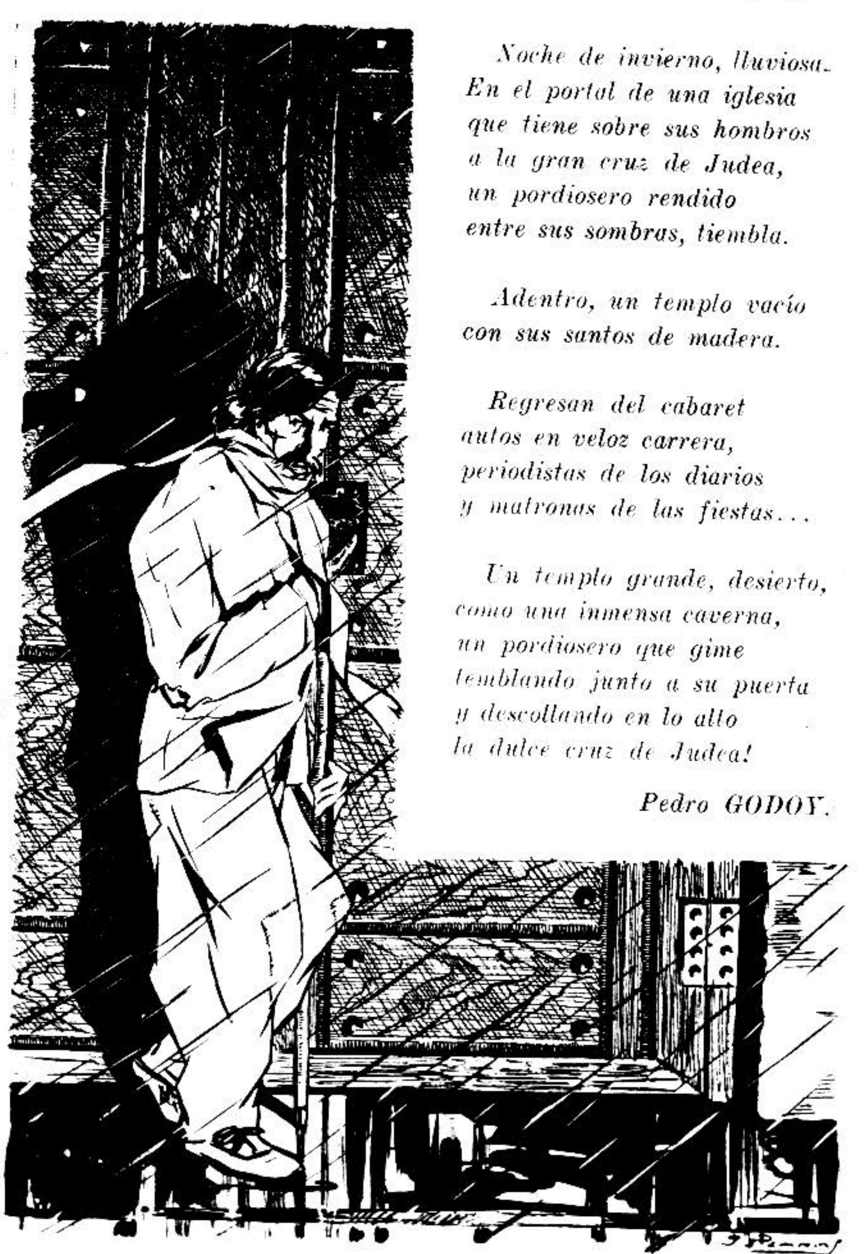
N. de la R. — En discrepancia con el autor de este artículo, creemos que un acto eleccionario, por mucha verdad que encierre, que siempre excluye la verdad de una minoría supeditada, no es un "acto valoroso", ni mucho menos. Lo que nos parece valeroso, en cambio, es ratificar el "estúpido egotismo" de juzgarse capacitado para merecer el sufragio de la elección.

Porque si la historia no se la domina, por lo que desconocemos, y el futuro ya está en el presente, ¿es posible, entonces, afirmar que la evolución pueda conformarse a moldes autoritarios?

Importa, sin embargo, la exaltación no de una "superioridad aislada en medio de la mediocridad que nos rodee", que eso es puro narcisismo u obsecuencia, sino la superación de cada uno de los individuos, aun por sobre el nivel de cultura que nos asignamos, para evitar la mediocridad ambiente.

Y esto no podría achacarse como carente de base, como vago ideal de mentes ilusas, por cuanto el determinismo histórico ha demostrado, al cabo de los siglos, que los hombres superiores en cultura, y masas populares inspiradas en ellos, no requieren hoy el homenaje y acatamiento del pueblo, sino que, por el contrario, se obligan a dignificarlo, sin reservarse privilegio alguno.

ESTAMPA



Noche de invierno, lluviosa.
En el portal de una iglesia
que tiene sobre sus hombros
a la gran cruz de Judea,
un pordiosero rendido
entre sus sombras, tiembla.

Adentro, un templo vacío
con sus santos de madera.

Regresan del cabaret
autos en veloz carrera,
periodistas de los diarios
y matronas de las fiestas...

Un templo grande, desierto,
como una inmensa caverna,
un pordiosero que gime
temblando junto a su puerta
y descollando en lo alto
la dulce cruz de Judea!

Pedro GODOY.

Ilustración para NERVIO, de José Planas.

ETICA ESPERANTISTA

NUESTRO mundo está mal", es una afirmación en la cual casi todos estamos de acuerdo.

La evolución y el progreso de nuestra sociedad traen aparejados consigo una serie de conflictos y problemas, con el resultado que no pocas personas lleguen a dudar, y aun negar, de que nuestra humanidad se encuentre realmente en el sendero del adelanto.

Cierto es que el infatigable ingenio humano nos presenta a cada momento pruebas elocuentes de su maravillosa actividad, que, en síntesis, tienden a concretarse siempre en una — al parecer — noble aspiración: hacer la vida humana más cómoda, más agradable.

Pero no es menos cierto que aunque haya un núcleo de personas que aceptan con beneplácito tales adelantos, esto ocurre invariablemente en detrimento de otro sector humano, que recibe, en tales casos, en forma negativa tales innovaciones.

El hecho es claro: no se desea ni se pretende el bienestar común, indistinto a todos los seres humanos, sino únicamente el nuestro y el de los nuestros.

En general, nuestros actos obedecen al exclusivo deseo de satisfacer nuestro egoísmo; solamente nos inclinamos a patrocinar intereses ajenos cuando con su consecución van aparejadas, en cierta medida, nuestras conveniencias.

Individual o colectivamente, todos tratamos de alcanzar — a menudo por procedimientos nada recomendables — aquella suma de comodidades o prebendas que juzgamos indispensables para considerarnos con derecho a la felicidad.

Es lógico que, en ese tren, cada individuo, familia, colectividad o nación, al tratar de concretar sus egoístas propósitos, produzcan un mutuo y perpetuo choque de comunes intereses, engendro perenne de fratricidas luchas y de enconadas discordias.

La tan conocida como sobada frase de "la lucha por la vida" podría parafrasearse, más de acuerdo con el espíritu de nuestra vida civilizada, en otra que rezara, más o menos, de la siguiente forma: la lucha de unos contra otros.

Y ya que citamos frases, queremos todavía recordar una, que es oportuna y encierra toda una doctrina social: "Si cada hombre se preocupase de hacer feliz a un semejante, no habría seres desgraciados en la tierra".

No está en nuestro ánimo en este momento el desentrañar el porqué de estos fenómenos, sino en comprobar estos hechos que, a no dudar, son una enormidad que sanciona la moral en boga y que constituyen, evidentemente, una de las fallas de nuestra civilización.

Pueden los hombres ver morir de hambre y de miseria a sus se-

mejantes, aun viviendo en la opulencia, sin que por un momento les asalte la idea de que pudieran ser, en parte, responsables o cómplices de esta miseria.

Un pueblo ve sucumbir a sus vecinos, aun cuando haya sido el responsable directo de sus desgracias, sin que sienta por ello, tampoco, el menor signo de pesadumbre o inquietud, ni remotamente le asalte la idea de que su deber le impondría la obligación de substraer a sus hermanos de tal situación.

* * *

Teniendo en cuenta la modalidad y el carácter de las ideas y sentimientos que hacia sus semejantes guarda el hombre de hoy, ¿hay por qué sorprenderse de que aquellas doctrinas en cuyos postulados se cristaliza el afán supremo de un bienestar indistinto a todos los seres humanos, sufran una vida desmedrada, ante la casi indiferencia de los hombres?

No obstante, hay personas que llevando a cuestas, como un sambenito, el mote de locos o visionarios, creen con ideales y factores concurrentes facilitar la inteligencia y el conocimiento mutuo entre todos los hombres, como condición previa para llegar a una situación donde sea posible instaurar una sociedad más humana, más sabia, más justa, ya que están convencidos que cualquier proposición que encare el bienestar social de un pueblo o colectividad más o menos numeroso, comporta una solución unilateral de un problema común.

Toda fórmula de solución a los variados problemas humanos debe encarar, imparcial y desinteresadamente, la resolución de los mismos desde el más amplio punto de vista, comprendiendo a toda la familia humana, pues toda situación que contemple la comodidad de un sector humano, haciendo caso omiso de las otras partes, no será al fin de cuentas sino la consagración de un privilegio que no hará otra cosa que ahondar los múltiples conflictos que pesan sobre nuestra sociedad.

* * *

No vamos a caer en la ingenuidad de afirmar que el idioma auxiliar internacional Esperanto, por ejemplo, sea la única panacea capaz de aliviar a nuestra afligente humanidad; nada más perjudicial y contraproducente para la difusión de cualquier idea que extremar su alcance y efectos saludables.

El esperanto no constituye en sí mismo una doctrina social o política, sino un medio muy eficaz para hacer factible la inteligencia entre todos los humanos. Creemos que bastará este solo enunciado para que las personas que alcancen a medir en toda su magnitud las proporciones del actual caos lingüístico en nuestro mundo, con todas sus derivaciones y consecuencia, le rindan una merecida y justa apreciación.

Sin dejar de reconocer las mil y una circunstancias en juego, causantes directas o indirectas del estado calamitoso de nuestra sociedad, forzoso es reconocer que una de éstas, y no la más despreciable, es la superabundancia de idiomas hoy hablados, o en otros términos, la dificultad de una mutua y directa comprensión entre los habitantes de los pueblos de la tierra.

Jamás tuvieron éstos tanta necesidad de un entendimiento recíproco como hoy, como que nunca tuvieron las naciones sus intereses económicos y políticos tan intrincadamente confundidos entre sí.

Fácil resulta comprobar cómo la mayoría de los conflictos internos de cada país tienen un origen, próximo o lejano, en un aspecto de sus relaciones internacionales, y cómo éstos buscan cada día más afanosamente su afianzamiento y prosperidad en el robustecimiento de las relaciones con las demás naciones.

* * *

Es pueril, aunque en ello haya un loable propósito, si se quiere, fundar esperanzas en el hecho de que unos respetables señores, con más buenas intenciones que suficiencia, puedan en una conferencia internacional, llámese de reducción de armamentos, arbitraje, unión europea, etc., codificar, sancionar o legislar acerca de los infinitos problemas que diariamente surgen en forma espontánea en nuestro mundo (como forúnculos en primavera) y que son consecuencia de la presente organización política de las naciones.

Creer que con tales tratados, si se concretan, se pueden ordenar las ambiciones, regular los sentimientos, moderar los odios, eludir las inevitables consecuencias de la incomprensión y distanciamiento entre los pueblos, desconociendo en todos los casos la función preponderante de éstos, los únicos que en verdad están capacitados para fundamentar toda política de atracción y amistad entre sí, es evidenciar un criterio demasiado optimista, impropio de nuestra época.

Poco importan el alcance y dificultades que salven los tratados internacionales, si ellos no traducen un sentimiento latente en el corazón de los hombres, y menos importan los compromisos internacionales con que pueda sujetar un gobierno a su pueblo con otro, si esta norma legal no tiene un eco en la conciencia de sus componentes.

* * *

Importa, pues, que los hombres de todos los pueblos aprendan a conocerse sin más intermediarios que la mutua buena voluntad y el amor recíproco, que se acostumbren a pensar, a sentir, a hablar internacionalmente y, sobre todo, a buscar la solución de todos los problemas que afectan a la organización de la vida humana desde este punto de vista, desechando particularismos egoístas que sólo sirven para impedir que los hombres se encuentren en el verdadero terreno propicio a la verdadera fraternidad humana.

Deben los hombres acostumbrarse a hablar, examinar y apreciar con criterio propio a nuestros hermanos de otras tierras, para curarnos de muchos prejuicios de raza, conceptos erróneos o exagerados sentimientos nacionalistas, allanando así enormemente el camino hacia la conciliación, paz y progreso para los hombres de todos los pueblos.

La raza humana es una gran familia. La paz y el progreso llevarán la felicidad a sus hijos únicamente cuando éstos se reconozcan como verdaderos hermanos.

Antonio **BARROT.**

MIRANDO VIVIR...

La vaca lechera Celosa Silvia, pura por cruza, de la raza Holando Argentina, tatuaje N.° 3002, nacida el 28 de junio de 1924, ha establecido un "record" mundial, según los entendidos en la materia, que nos emociona.

Le han exprimido de las ubres magníficas 43 kilogramos con 250 gramos de leche, en dos ordeñes, siendo pleno invierno, con campo regular, y recibiendo como alimento de ayuda ensilaje de maíz, un poco de pasto seco y maíz molido, con chala y marlo.

En los tiempos que corren, hasta los reyes suspirarían por estar mantenidos a cuerpo de vaca, no cabe duda.

* * *

Un nuevo aniversario se ha cumplido de la ejecución de Sacco y Vanzetti, en Estados Unidos.

La justicia de clase podrá sentir la conciencia tranquila, ante el deber cumplido. Al final de cuentas, ellos aprenden y ejecutan su justicia.

Las podridas aristocracias podrán vivir satisfechas por la ejecución exigida. A ellas, al cabo, les basta con el tranquilo disfrute de su bastarda grandeza, asentada sobre las espaldas de la inmensa gleba.

Pero, entre tanta indignidad y cobardía, perdura, sin embargo, el recuerdo de los ajusticiados.

Y es que no en vano, ante la conciencia de los hombres libres, han superado y empequeñecido a sus propios jueces y verdugos.

* * *

En España le preocupa a la Cámara consolidar la república. Es la voz de orden de los políticos. Y lo curioso del caso es que nadie habla ni teme la restauración borbónica.

Consolidarla, ¿para qué?

Acaso, ¿para no ir más adelante?

Sospechamos ahora que es para cubrir apariencias lo de "un horizonte con decorados atractivos", que nos hablaba el filósofo..

* * *

Un hombre joven, de 20 años, careciendo de familia, sin trabajo y sin habitación, y sin antecedentes policiales, robó dos floreros en una modesta sepultura de la Chacarita, para poder comer.

Esto pasó en el país del trigo, del maíz, del pasto seco... y de la leche.

* * *

Don José Ortega y Gasset arrancó un aplauso clamoroso para el señor Azaña, ministro de guerra de la república española, por la importante reforma que llevó a cabo en el ejército de su país.

"Un aplauso en homenaje, dijo, al ministro de la guerra, al ejército que se ha ido, y al que se ha quedado".

Con menos bambolla y filosofía, no hace mucho el ejército peruano, único ejemplo en los tiempos actuales, no quiso entrar a combatir contra peruanos.

Y el ejército español, el que se ha quedado, precisamente, se lució bizarramente en una "acción policíaca en el barrio de Sevilla", contra los mismos españoles.

Pero, atender al primer ejemplo fuera decretar la inutilidad del ejército y moderar la reacción gobernante.

Y don José prefirió perder la oportunidad que se le brindaba de ser "magnánimo", sin duda creyendo poder dominar la rebelión de las masas...

* * *

Creemos sinceramente por lo acontecido a un amigo nuestro, que si a un hombre virtuoso se le hacen muchas misas por la salvación de su alma, puede motivar situaciones extrañas.

O se hacen demasiadas, y la iglesia debe saberlo y devolver el dinero cobrado indebidamente, o no son suficientes, lo que demostraría una vida pecadora que no armoniza con las virtudes que se ponderan en el difunto.

Mejor fuera prescindir de misas. O dedicarlas con más provecho, si son eficaces, para la conversión de ateos.

* * *

En Chile se han quedado sin el salvador de la patria.

El general Ibáñez se ha ido de paseo, por cierto cuando más lo necesitaban.

Pero está en constante comunicación con su país, y acudirá presuroso en cuanto lo llamen, para contener el caos inevitable.

Como que juró morir en la empresa de salvar a Chile.

Pero, no habrá de suceder tamaño sacrificio.

Porque el general cometió el "error" de hablar de reorganizar la república, cuando el pueblo creía que ya estaba reorganizada después de varios años de afanosa tarea y de asegurársele. Y el pueblo, que se dió cuenta del camelo, quiere ahora reorganizarse por sí mismo, de una vez.

Y ha encargado a otros la tarea.

Entretanto, se divierten. Creen, sin duda, que ahora serán más libres...

* * *

Tenía todos los quilates de ley este celoso guardián de la seguridad pública. El se anticipó al atentado al tren presidencial y capturó inmediatamente a los autores; descubrió y desbarató combinaciones a granel e hizo deportar a los cabecillas de las conspiraciones; detuvo numerosas bandas de "petardistas", con pruebas irrefutables de sus tropelías, y cuando no tuvo pruebas las prometió para el día siguiente, o al otro, a más tardar; apagó mechas de terroríficas bombas y decomisó latas de conservas, en aras de la tranquilidad pública...

Nos referimos, claro está, a Maturana, el jefe de seguridad en la vecina república.

Cómo estarían de cuidados los chilenos, pacientes de suyo, que ahora lo buscan por todas partes al Maturana de marras para agradecérselo efusivamente.

¡Y no lo encuentran!

V. P. F.



"LOS ANDRAJOS DE LA PURPURA"

BENAVENTE, el brillante dibujador de mujeres, nos ha brindado una exaltada evocación de la gran Eleonora Dusse, la figura culminante del teatro italiano, toda pasión y fuego interior, fuego que ha podido consumir todas las impurezas de "Il Ferro" — el libelo con que D'Annunzio quiso pagarle su gran amor y su aporte a la consagración de sus obras, — para salir de entre sus cenizas sublimada y transfigurada en la criatura ideal que sólo vivió para su arte y su amor.

Acaso Benavente pretendió hacer, mejor que un drama, una biografía escénica, y por eso, sin duda, salió de sus manos una figura principal elaborada con pasión, y en torno de ella la necesaria comparsería para que se destaque más netamente la gran mujer recordada.

Y tanto se ha forzado con ese plan, que hasta el mismo D'Annunzio, el hombre que tuvo su momento de genialidad, que deslumbró por el brillo cegador de sus artificiosas creaciones y que logró (aunque después lo haya malbaratado por sus poses espectaculares) para sí y para las letras italianas la atención universal, pasa por la obra como una figura secundaria y mostrando más sus defectos que sus cualidades.

Algunos críticos no están conformes con esta preterición del famoso poeta, pero nosotros la creemos justificada, toda vez que el propósito ha sido presentar en toda su grandeza de ánimo y en toda su desventura a la inmortal trágica.

Esta pieza, más que a cimentar el prestigio de su autor, contribuirá a dar permanencia a la gloria de la doliente Eleonora.

Lola Membrives y su compañía la presentaron en el escenario del Odeón con decoro artístico y cariño de intérpretes que trabajaban para un hermano en el arte.

"PROA AL SOL"

Un escritor nuevo, de no comunes dotes, se revela en Angel Lázaro, autor de la pieza que comentamos.

Buen conocedor de los emigrantes, por eso su poema trasunta dolor, esperanza y recuerdo.

Sus personajes, emigrantes sobre la proa de un buque, rumbo a las Antillas, sueñan y recuerdan.

Todos son simbólicos y algunos, como la madre, la maestra, el imaginero, el viejo profesor — éste evocación de Unamuno desterrado, — representan la parte sublime. Otros, como el gaitero, el leñador que se

pugilista, la moza que cansada de bregar en la aldea, va dispuesta a trabajar poco y ganar mucho, sea como sea, el tahur que viaja constantemente para desplumar a los pasajeros, etc., constituyen la parte real, mas trazados con sobriedad y firmeza. Pero todo esto atañe a lo teatral y admitiría alguna objeción.

En cambio, lo poético es de una pureza y simplicidad tales, que logra con el mínimo de esfuerzo y sin ningún alarde, un máximo clima emocional.

Después de este anticipo, cabe esperar mucho del novel autor.

La compañía del Odeón la presentó con altura.

"R. U. R."

En el Ateneo, y por la compañía de Evita Franco, se nos ha brindado una pieza muy interesante.

Es su autor R. Chapeck y la han traducido del checo el malogrado Deffilipis Novoa y Dettori Licheri.

El autor sitúa la pieza en el siglo XXI. Un sabio ha logrado producir artificialmente unos hombres máquinas, los Robot, de idénticas características exteriores que nosotros, pero que costando menos que una máquina de coser o escribir, rinden el mismo servicio que un obrero o empleado de carne y hueso.

Pero si en un principio se emplearon con desconfianza y parcamente, cuando se comprobó su eficacia fué necesario multiplicar su producción, y no sólo se les empleó en la industria, hasta el extremo de redimir al hombre de la maldición del trabajo, sino que se les destinó a la guerra, resultando el soldado perfecto, pues, careciendo de sensibilidad, por donde ellos pasaban no quedaban ni rastros de vida.

El sabio que dirigía la fabricación de los Robot, no conforme con producir siempre un mismo tipo de producto, introdujo algunos perfeccionamientos en el sistema nervioso y sensorio, originando un nuevo tipo de Robot capaz de razonar y discernir, y un día todos los Robots de la tierra se rebelan y destruyen al hombre, su creador y tirano.

Al desaparecer el hombre y la fórmula para fabricar Robots, la tierra parecería destinada a convertirse en una tumba inmensa, pero la naturaleza (Dios) provee, y la última pareja de Robots que salió de la fábrica, la más perfecta, deriva en criaturas, tan semejantes a la pareja bíblica que la humanidad volverá a recomenzar por el pecado original.

Una obra sugestiva; tiene algún precedente en "Pedigrée", de Ricardo Baroja, y en "Gas", de Kaiser, pero excesivamente pesimista y, por otro lado, evangélica, ya que, según algunos personajes, Dios castiga a la humanidad por el pecado de enmendarle su obra.

Si filosófica o ideológicamente ofrece algunas contradicciones e inseguridades, en cambio, teatralmente, logra todos sus propósitos.

Flota en la atmósfera escénica, durante los cuatro actos, la curiosidad, la angustia y el terror, para ceder luego el campo al pesimismo

cruel, que se infiltra en el espectador y lo lleva a la convicción de que las cosas no podrán cambiar como no sea para agravarse. Se sale, pues, del teatro con el ánimo deprimido y una fuerte propensión a la pesadilla de considerar al hombre destruído por su propia obra.

La pieza ha sido presentada con mucho gusto, sin escatimarse nada que pudiera atentar a la categoría del espectáculo.

La interpretación, en cambio, está en un plano más bajo, pues si Bouhier da prestancia a su parte en algunos pasajes y Evita, en el primer acto, se mueve con soltura; luego descienden violentamente y se quedan, sin excepción alguna, en un nivel inferior a la obra.

TEATRO DEL PUEBLO

Esta agrupación, al servicio del arte, cuya finalidad esencial es contribuir a la creación de un teatro experimental argentino, anuncia como próximas representaciones las siguientes obras:

"Títeres de pies ligeros", de Ezequiel Martínez Estrada.

"300.000.000", de Roberto Arlt.

"La danza del odio", de Juan Carlos Mauri.

"La mejor obra", de Olga de Adeler.

Estas representaciones tendrán lugar en Corrientes 465 y en el salón de la "Wagneriana".

FILOCTETES.

• • •

CORREO

***Braulio Mate.* — Le rogamos nos envíe alguna dirección para cambiar correspondencia. Nos parece éste el sistema más breve y eficaz para aclarar los respectivos conceptos.**

CINEMA

JOSEPH VON STERNBERG, DIRECTOR

HACE unos pocos años, la exhibición de "Cazadores de almas", película modesta, realizada con actores hasta entonces anónimos, privada de propaganda ruidosa previa o posterior, pero respaldada pór un juicio crítico de Chaplin, dió a conocer a un artista de la dirección. "Cazadores de almas" fué realizada ante la indiferencia de Hollywood, después de días de prueba, con un costo de unos 5.000 dólares — actores y demás, — suma ínfima que erizaría la epidermis y las pretensiones de cualquier "estrella" de circunstancial primera magnitud, y fué realizada por ese experimentador de técnica original, llamado Joseph von Sternberg.

Este director aplicaba, frente a la obra esquelética y de andamiaje artificioso que era de buen tono en Hollywood, un montaje característico, un detallismo de atmósfera o ambiente, por medio, no de las cosas inanimadas al estilo de un Pudovkin, por ejemplo, sino de los personajes, ángulos de rostro sobre todo, escenas dotadas de ritmo cinematográfico expresivo, aunque sin la proyección vertiginosa o dinámica al estilo del innovador soviético.

Esta manera de realización personal, catalogada en el cine americano sin antecesores demasiado próximos — un Ince o un Griffith fincaban su poderosa expresividad en enfoques puramente faciales, — tuvo su continuidad en obras posteriores, realizadas esta vez bajo la égida de los talleres trustificados.

Por un momento se creyó que el concepto artístico rudimentario que prima en el oboide de los expendedores yanquis de laxantes sentimentales y cinemáticos haría mella en la originalidad de Sternberg, y se temía que el concepto humano que había precisado como promesa se declarara en bancarrota. Pero esto no sucedió, al menos de una manera absoluta.

El hombre que había delineado un talento en aquella producción modesta, realizó su primera obra en talleres americanos. Quiso ser sincero, seguir su línea, quizá aleteó la pretensión de marcar un rumbo; el caso es que el comercialismo emergente de los talleres yanquis no fué advertido bien por ese denso espíritu y realizó a su manera la película "Cadenas de oro". Aquello fué un rotundo fracaso; comercial, se entiende. Los técnicos que en el edén peliculero tienen la noble función de podar el ansia creadora y el sentido elevado, pusieron el grito en el cielo y el dedo en la cifra malversada de los cheques y lanzaron su ucase prohibiendo solemnemente la manufactura de arte en todas sus formas.

Allí donde el concepto "standard" alcanza categorías hegemónicas, era natural que alarmara un tanto el intento de una realización cinematográfica donde el sentido humano y el criterio artístico entraran a puerta abierta y vibraran un tanto en la estrechez de las cámaras puestas a control y a líneas. Era necesario embotar un tanto esa sensibilidad, ponerla en puerto seguro, clausurarla aun con riesgo de asfixia...

Para ello se acudió a lo común: elegir argumentos anticipadamente, dar lugar a una abertura de talento indispensable. A Joseph von Sternberg, artista empecinado, con posturas de alma que resultaban exóticas en Hollywood, se le eligió entonces un argumento policial; una de esas novelas tan bonitas de cucos y ladrones que se escriben para gente menuda y que leen los grandes y con las cuales se desayunan, periódica e intelectualmente, la mayor parte de nuestros mayores e inteligentes semejantes. Aquello le habrá sonado a blasfemia al empecinado Sternberg; pero, como artista y como hombre que era, recogió el guante, dispuesto a dejar al menos la impresión papilar allí donde el lugar común había hecho pie y desbarrado con frecuencia. Esa especie de respuesta a la imposición de los señores de la tabla aritmética fué la película "La ley del hampa". Del argumento común servido por la empresa, hizo von Sternberg una obra humana.

El sentido cinematográfico expresionista, o mejor, detallista, del primer intento, tomó allí caracteres personalísimos. La obra, con ser de índole común, un tanto policial y vulgar, no le sirvió a él para la función subalterna de exhibir lacras con finalidad morbosa o enseñar, con agradecido mal gusto, prácticas de gentes más o menos marginadas. Su concepto esbozadamente estético de lo humano continuó su línea, si no ascendente, al menos sostenida.

Hablando, en fin, el lenguaje de la imagen, provocó el cortocircuito de la sensibilidad con la inteligencia, y no obstante el choque, la causa artística no entabló debate.

Estos son, más o menos, los comienzos oficiales de Joseph von Sternberg, director cinematográfico de labor audaz y atrevida, a quien le debemos, además de varias producciones, la revelación doblemente interesante de Marlene Dietrich.

"VIVIR DE NUEVO"

EL "studio" de la Sovkino, en Leningrado, ha producido más de una película interesante, de técnica que podríamos llamar soviética y de tendencias artísticas, y hasta ideológicas, que también podríamos llamar soviéticas. Esta última exteriorización no va en desmedro total de los valores artísticos; se expone como una característica que tiene bien explayada justificación en "Vivir de nuevo", producción de F. Ermler, que trataremos de ubicar.

Cuando se habla del cine ruso se suelen mencionar con persistencia molesta los nombres de Eisenstein y de Pudovkin. Esto cansa un tanto, induce a un intento de clasicismo y cataloga mal o subalterniza a otros directores rusos, renovadores también de la finalidad o la estética cinematográfica, entre los cuales tienen obras y se olvidan a D. Vertoff — a Konlechoff un poco antes — y ahora, entre otros, a F. Ermler, que ha dirigido esta obra que comentamos.

"Vivir de nuevo" expone técnica audaz y atrevida; su tema, como hemos sugerido, es exaltación del esfuerzo colectivo en la Rusia soviética, labor de trabajo, métodos e ideales modernos. El interés argumental tiene su base en la historia de un soldado herido, que padece amnesia,

el cual recobra la memoria años después. El recuerdo del pasado y la visión distinta del futuro — correlación de imágenes a través de ideas latentes — está muy bien expuesto, con el montaje característico de las producciones rusas: ritmo vertiginoso y normal, alternados en perfecto ensamble.

Esta producción muy bien dirigida, está bien interpretada por Nikitin y expone buena fotografía de E. Schneider, habiendo sido rodada en Leningrado, por la productora soviética Sovkino.

Realizó su exhibición en esta capital el Cine Club de Buenos Aires y fué proyectada con éxito total en "Los amigos del arte", en la sesión número 42.

CINE CLUB DE BUENOS AIRES

Films independientes

El Cine Club de Buenos Aires anuncia la realización de un ciclo de exhibiciones de los más destacados films independientes, producciones realizadas por agrupaciones privadas europeas o por artistas independientes y que son una nueva e interesante expresión del arte cinematográfico.

Las características de estos films son dignas de destacarse: prescinden del factor comercial; son máxima realización como arte cinematográfico; emplean la imagen como medio puro de expresión y otorgan nuevas creaciones a la forma poética y documental.

Los films a exhibirse — de septiembre a octubre de 1931 — son los siguientes:

A PROPOSITO DE NIZA, de Jean Vigo y Boris Kauffmann (Francia).
CAMPOS ELISEOS, de Jean Lods (Francia).
VELOCIDAD, film futurista, de Cordero y Martino (Italia).
CINCO MINUTOS DE CINE PURO, de Henry Chomette (Francia).
EL PUENTE DE ACERO, de Joris Ivens (Holanda).
LA LLUVIA, de J. Ivens y M. Franken (Holanda).
EL JARDIN DE LUXEMBURGO, de M. Franken (Holanda).
OBRAS COMPLETAS, de Eugene Deslaw (Checoeslovaquia).

La marcha de las máquinas. Robots (Lo humano mecánico). Las noches eléctricas. Negativos. Montparnasse.

RITMOS DE LUZ, de Bruguiére y Blakeston (Inglaterra).
IMAGENES DE OSTENDE, Suites I y II, de Henry Storck (Bélgica).

Y de probable adquisición:

BORDERLINE, célebre obra de K. Macpherson, con el actor negro Paul Robeson.
EL RIEL, drama expresionista, de Lupu Pick.

Estas exhibiciones se realizarán en "Los amigos del arte", Florida número 659.

ALFO.

ESPIGANDO

UNAS palabras de Ramón Doll han puesto a la novísima generación algo así como cejijunta y hamletizada, absorta por una punzante idea fija: el crecimiento de la barba y las posibilidades del amasijo occipital.

Este estado comatoso hizo crisis de pronto, se definió y estalló en una protesta macanudamente viril: ellos no eran tan infantiles como se decía, tenían hecho un lugar en la literatura y en la vida; tal y cual se les daba un pito, y tal y cual otro no les movía el diafragma; además, tenían una barba dura como el alambre, y la actitud aparentemente somnolienta que tenían era propia y no impuesta, ¡modalidad de carácter, qué embromar!

Ellos no tenían por qué pelear ni armar peloteras; les gustaba la dulce paz del hogar tranquilo y, además, eso quedaba para los otros, que siendo mayorcitos podían ligar — por hablar fuerte y meterse a redentores — algún desperdigado garrotazo...

* * *

Se ha hecho una exposición del libro femenino.

Gran cantidad de ediciones: carátulas blancas, carátulas rosadas, carátulas "beige"; todo arregladito, calladito; especie de "desideratum" de la intelectualidad delicada.

Nos parece muy bien, aplaudimos a rabiar, estamos de su parte: ¡guerra a la ignorancia, abajo los menesteres bárbaros y atávicos, guerra a la sartén y a las cacerolas!

Que ese sapo constreñido y dispéptico que es el hombre, advierta en nosotras, además del "rouge" de la simulación, el lápiz negro del talento, las palabras muy bonitas y los versos frágiles para menesteres de ambos sexos.

* * *

Un grupo de los que aquí se exagera por intelectuales, solicitó en una nota la libertad de una distinguida escritora.

La nota sorteó elipsis, eliminó obstáculos, saltó barreras y, aunque un poco lenta y arrastrada y ceceante, llegó. Se aplaude.

Pero, acallado el rumor del elogio, se restablece el equilibrio, y la memoria, si no nos es infiel, nos dice de algunas otras lamentables omisiones. Esto hace que la gravitación del elogio vacile.

Indudablemente, esa linterna que los escribas llaman cerebro permanece muy a menudo apagada; o alumbra, cuando lo hace, en una sola dirección.

* * *

Los telegramas de los diarios grandes suelen ser cotidianamente divertidos.

¿Que uno ha estado aburrido, sobresaltado de angustia, que ha tenido pesadillas de estafador y sobresaltos de asesino? Muy fácil el remedio: lee la sección telegramas y se convence de que en el mundo no pasan sino cosas agradables; se le descompagina el mal humor, comienza la filtración de las cosas bonitas y hasta se entusiasma en mangas de camisa.

Esta píldora diaria, de contención hidrofóbica o lacrimal, la preparan en el diario con noble dedicación, dejando de lado o enviando al canasto las noticias de escaso interés, de mala digestión y subidamente necrófilas, como las siguientes: Han muerto los siguientes aburridos ciudanos:

Félix Hollender. Excelente novelista de orientación social, en Alemania.

Max Scheler. Filósofo alemán moderno, de orientación humana. Deja obras traducidas a nuestra lengua por la "Revista de Occidente".

Harold Höffding. Historiador danés y filósofo. Muere a los 80 años.

Halil Gibrán. Pensador y poeta árabe, que deja poemas de una exquisitez extraordinaria.

* * *

Fragmentos de un discurso exagerado:

"Y ahora, señores, buenas noches. Estamos fatigados, cansados. Hemos debido sortear, en plena marcha, una noche obscura y agorera y una tormenta borrascosa, y aún así hemos seguido, a pesar del cierzo helado y del canto de las lechuzas. Todo por nuestros hermanos.

"Pero ya nos invade la fatiga. La atmósfera dicen que está enrarecida y la chimenea del momento echa humo demasiado negro, y no es el caso de permitir que nos fumen nuestras propias generosidades.

"El invierno es duro y frío, y aun cuando estamos arropados en el sobretodo del Ideal, sabemos que ronda y anda cerca el garrote de la adversidad. Y antes que recibir el golpe fatal preferimos renunciar. Que nuestros hermanos nos perdonen; y si tienen algo que areglar, se arreglen como puedan.

"Al fin y al cabo, les hemos dejado una simiente que no morirá aunque la azote el vendaval de la desgracia, porque hemos tenido el cuidado de meterla en el invernáculo de la tranquilidad, primaria, propia y bíblica.

"Nos vamos, pero nuestra vuelta no es total. Si a esta noche inclemente y melodramática le sucediera un día con sol, apacible y hermoso, volveríamos a salir, y entonces nuestra voz fraternal se haría oír de nuevo y diría, tranquilamente, fraternalmente: "Buenos días..." ¡Y la paz estaría nuevamente con nosotros!"

Bibliografía y Crítica

"ANGULO DE SOMBRA"

De Teófilo Hiroux Funes. Edit. Eurindia.

EL autor de este libro, en uno de sus versos, que titula "Autosemblanza", hace constar que tiene "la profunda serenidad del niño, precoz y envejecido de tanto malpensar".

En realidad sospechamos que el autor es un niño, o merece serlo. Porque sólo a la adolescencia corresponden esos versos a la amada indiferente, que nada sabe de nuestra cuita, y esa irremediable timidez que nos impide manifestarle lo que sentimos.

Todo lo cual sucede porque a esa edad aparentamos tomar la vida a lo dramático, inspirados por la verborrea crónica de muchos poetastros adultos, que no realizan con regularidad las funciones sexuales.

Trabajos puramente objetivos, de sensibilidad fácil, adolecen casi todos de sonsonete, y agudiza aun más esta monotonía del canto, la falta de fibra, de verdadero motivo, que los singularice o destaque.

Algunos, como los que integran "ELEGIA", contrastan por su construcción retorcida, en exceso, y la mayor vulgaridad del motivo.

Se nota, sin embargo, alguna soltura de léxico e imaginación, por lo que, mejor inspirado, puede producir obra más lograda y encomiable.

Esperemos, pues, que el autor comprenda que dejó de ser "niño" y que no está envejecido, ni mucho menos...

Ilustran correctamente B. Juan Dell'Acqua, Ema Rodríguez, Antonio Sturla y Amadeo Dell'Acqua.

Editó Eurindia, con toda propiedad.

"POLITICA PARA INTELECTUALES"

Por Julio R. Barcos

EL autor de este libro, Julio R. Barcos, lo ha escrito para que sea "un aguijón para acuciar al intelectual de las cumbres olímpicas y al libertario apoliticista, en teoría (en realidad, militante de una política catastrófica revolucionaria, a base de estrépito verbal, no de hechos), a que despierten de su falso idealismo y se casen con la realidad, para que comprendan de una vez por todas que a la política no se la refuta con sofismas ni con elegantes paradojas, porque ella nos plantea a su vez un dilema de hierro: hacerla o sufrirla; conducir o ser conducido; actuar como señor de las instituciones o someterse a ellas como esclavo."

Y estas pocas líneas que transcribimos ya expresan, por sí solas, toda la incoherencia y vacuidad del libro. Plagado de graves contradicciones que no resaltan violentamente en el capítulo que las contiene, con torturados sofismas y poco elegantes paradojas, leerlo es precaverse, pre-

cisamente, contra la miasma política... y los políticos o aspirantes a tal.

No hacía falta, en verdad, que el autor, para justificar, sin duda, esta pirueta circense que es la publicación de las 176 páginas de su nebuloso libro ("se habla claro cuando se piensa claro"), intentase, con desgraciada suerte, aventurar juicios tendenciosos sobre sectores sociales o ideologías que demuestra no haber comprendido ni, menos, haber interpretado.

¿Qué es la política? Barcos dice: "Aristóteles la ha definido con insuperable claridad y concisión como **la ciencia de la vida civil.**"

Si la ciencia es para nosotros el conocimiento cierto de las cosas o, en cambio, una rama del saber humano, conviene aclarar estos conceptos: En el primer caso, no existe ciencia; en el segundo, nada autoriza su bondad, por cuanto falta contrastar el conocimiento actual con nuevas modalidades de la vida civil.

Existe, en ambos casos, una experiencia política que alecciona. Pero esta experiencia, ¿puede afirmarse capaz de regular la vida civil, establecer rumbos y servir de acicate a su desenvolvimiento más ordenado?

La política demuestra siempre tendencia a la conservación, como que su idealismo es restringido por el determinismo que su misma imposición origina. Se deduce, en términos generales, que la política es traba histórica al progreso de la humanidad. No hace falta insistir demasiado sobre ello, cuando es fácil comprobar cómo cualquier adelanto teórico, que tienda a un mayor equilibrio natural, ha de encontrarse forzosamente con una situación política.

Podrá argüirse que esto crea, no obstante, otra política, pero, en realidad, sucede que una situación desplaza a la otra, eternizando su esencia común. La esencia de la política, de toda política, entiéndase bien, es el dogma por definición y el método que impone. Vallas lógicas y fatales a toda evolución humana.

¿Subsistirá por ello la política? Nada afirma su necesidad imprescindible en un futuro más o menos próximo y en una sociedad dada. Nada autoriza a afirmar que el hombre sea un animal político.

Esta convicción actual, que lo es en núcleos más o menos numerosos, es la más honda lección de la experiencia política, y cuya enseñanza se traduce en colocarse al margen de su actividad, pero en oposición a ella, mientras se manifieste.

Se deduce, pues, que éstos no son núcleos apoliticistas, sino en cuanto al ideal que los anima (exclusión de gobierno, ausencia de gobierno), pero son, consecuentemente, antipolíticos en la acción diaria. Falta, sin duda, liberarse de la modalidad política (que no lograron excluir muchos sinceros idealistas), de establecer necesariamente dogmas o recetas infalibles para asegurar la mejor sociedad del futuro, atendiendo con preferencia a la conquista de prosélitos.

Pero verificar estas fallas no nos preocupa ahora. Son inevitables en todo período de transición y nada afectan a la finalidad que se procura. Como no alcanza a la especie el concepto de "animal político", por cuanto es evidente que la política obliga hoy a equipararse a ella en algún momento, para superarla. Este mismo propósito de neutralizar o anular

su influencia demostraría, sin otras razones, lo contrario del caprichoso aserto.

Nada original y valedero hay en este libro que analizamos. A lo sumo, una exaltación del "intelectual", significando con este término al hombre moral, no moralista, capaz de interpretar al "gran político". La diferencia, no obstante, entre el hombre moral y el moralista, según Barcos, es cuestión de formas. Mientras el moralista sostiene que todos son pecadores y él es el único santo, el moral de nuevo cuño tiene la sinceridad de reconocer que todos son pecadores, pero hay que ser morales. Y si el primero catequiza la moral ajena, sabiendo, no obstante, la falsedad que vive, el segundo acepta la moral que la costumbre sanciona, pero pretende rectificarla, con lo que catequiza igualmente sobre la moral de los otros.

En definitiva, tanto unos como otros, tanto los falsos idealistas como los grandes políticos, antes que procurar su propia felicidad, creando su medio adecuado, intentan todos la felicidad colectiva, asignándose, claro está, la función de directores, sin convencerse de una vez por todas que provocan la infelicidad de todos, como sucedió en el caso de Siracusa. "Es un antiguo achaque de la humanidad eso de cuidar celosamente la conducta ajena a trueque de descuidar la propia."

Pero, ¿acaso pueden garantizar los "intelectuales", inclusive Barcos, la felicidad que prometen, desde que la política misma no puede hacerlo? ¿Por qué supone Barcos que podría hacerlo? ¿Cómo sabe que él, o los otros, son políticos o "grandes políticos", como dice?

El verdadero hombre de Estado, según Spengler, es la Historia en persona, es su dirección como voluntad individual, es su lógica orgánica como carácter", transcribe Barcos para ensalzar al "gran político", que coloca por encima de todo filósofo.

Y sin embargo, haciendo abstracción de que Barcos pretende combatir el mesianismo, cuando la política es sustentada por el espíritu mesiánico de las masas ignaras, si consideramos debidamente la afirmación de Spengler resalta el mesianismo de Spengler, precisamente. Porque el verdadero hombre de Estado surgiría **después** de los hechos (la historia son hechos), y se reconoce como tal y se ensalza sólo entonces, por simple revelación y coincidencia.

Siendo así, no encontramos la razón de que los "intelectuales" puedan garantizar su eficacia, desde que no parecen ser políticos (a nadie convencen estos "intelectuales" a que alude Barcos), y de serlo, parecerían condenados a interpretar el momento histórico, harto malo y significativo, de la política.

Pero intenta demostrar el autor que el político usa, en cambio, "medios existentes para lograr fines asequibles", según la aclaración del relamido Keyserling, y se nos ocurre ahora preguntar quién puso a la disposición del gran político estos "medios existentes", y por qué muchos grandes políticos se hunden definitivamente, porque el medio los supera.

Podríamos afirmar que ni los filósofos (ciertos filósofos), ni los grandes políticos tienen parte decisiva en ello, pues mientras la política provoca muchos desastres y calamidades, los filósofos no le van en zaga.

Spengler mismo, que fundamenta a Barcos (no obstante que éste combate a Hitler), se convirtió no hace mucho al mesianismo, con gran escándalo de quienes creían en él (mesiánicos también, porque reverencian al hombre antes que comprender las ideas), y llegó a glorificar a Hitler, a quien calificó de "salvador de Alemania".

Y más reciente aún, los "intelectuales" españoles, precisamente los que niegan el idealismo y son de la casta a que alude Barcos, mientras se desgañitaban por ocupar las bancas zurdistas no se enteraron que en Sevilla se acribillaba gente indefensa. Que ésta, cuando no resultan ser inofensivos y "falsos idealistas" que mueven a risa, son agitadores peligrosos que es preciso exterminar.

Tal vez estos políticos, como aquellos filósofos, no sean ni grandes políticos ni grandes filósofos. Entonces...

Claro está que el político ha de ser, según define Spengler y transcribe Barcos, "el hortelano de su pueblo. Vale decir, un cultivador de las energías espirituales, un potenciador de las fuerzas creadoras, un creador, él mismo, de cultura social; en una palabra, un civilizador".

En realidad, ¿desempeña esta tarea el político?

Dejando aparte la contradicción entre la teoría de Spengler y su actitud personal, entre los "intelectuales" y su política, con lo que la masa apoliticista demuestra más sentido común que sus empeñados directores, y siguiendo el hilo de Barcos, hemos de preguntarnos: ¿Fueron políticos, siendo así, los Rivadavia, los Sarmiento, los Alberdi, etc., que Barcos alaba?

Precisamente todo lo contrario. No fueron políticos porque no aprovecharon "medios existentes", porque no existían, ni lograron "fines asequibles", como era lógico. Fueron idealistas, mal que nos pese. Sólo así se justifica, sin duda, que la política **haya conservado** los latifundios rozagantes de kilómetros; una "Bases" todavía sin sentido práctico alguno; y actualizado una frase de Sarmiento: "Bárbaros, las ideas no se matan". Hoy día cualquiera se atreve e intenta matarlas..., y se enfadan con cólera de iluminados cuando se les llama bárbaros. Hasta el mismo Barcos merecería este calificativo, pues si en realidad no las mata es porque las niega en los demás, por lo que se excusa de hacerlo, empeñándose en gobernarlos.

Entretanto, la acción de los "idealistas" es la que va exigiendo la reparación necesaria. Sin estridencias catastróficas, al contrario, por sobre la borrasca y las catástrofes de la política.

Vemos así que los presuntos "grandes políticos" han sido idealistas más que políticos, y que éstos viven más de la obra de aquéllos, cuando no se limitan a remedarlos lastimosamente.

Pero, ¿qué significado tienen la revolución rusa, la resurrección de Turquía y otros grandes hechos de la historia? Ello indica medio existente favorable, pero no debido a los políticos, que no aparecieron antes de estos hechos, sino a los idealistas. Los políticos, ya lo hemos dicho, aprovechan el momento culminante y lo perpetúan, hasta que la obra de los idealistas crea un nuevo medio más avanzado que motiva, sin duda,

otro hecho político. Pero lo evidente es que aquella acción ha superado y vencido a la situación derrocada.

¿Diremos por eso que el gran político es, también, ideólogo y ambas cualidades, filósofo y táctico, se complementan? La historia demuestra, precisamente, que el político hace abstracción de los grandes ideales, los tuvo necesariamente, para amoldarse a un nuevo estado de cosas que establece rutina y represión violenta ante el empuje renovador de afuera. No importa a nuestro objeto que esta renovación, cuando se produce, sea ostensiblemente política. La aparente inacción del idealista, entretanto, es motivada porque no se impacienta ni precipita, como que su actividad es razonar y persuadir. Y no prevalece sobre el rebaño.

En cambio, "salga lo que salga" podrá significar para el político un triunfo, aparente por lo efectista, que lo justifique, pero es efímero y nada remedia, en definitiva.

¿Qué es el idealista, en resumen? ¿Acaso Barcos lo define honradamente cuando lo conceptúa "falso idealista"? Creemos en una confusión deliberada.

Entre aspirar a la libertad (ideal), adoptando la táctica de abatir cuanto se oponga a alcanzarla, a establecer una libertad que estará conformada o limitada de esta o aquella manera (política), existe la diferencia que hay entre el conocimiento y el dogma. Existe una tendencia al conocimiento, y no hay errores sino experiencia en su búsqueda, ni límites ni desazones en este propósito. Y existe el dogma, conquista del conocimiento y resabio de él, que no es lo mismo ni supone otra actividad que la estéril de sustentarlo.

De igual modo, existe para el idealista una tendencia a la libertad, que considera y fomenta. Como existe el dogma de la libertad, que se aparta fundamentalmente de ella. Tal el caso de la política, que invocándola continuamente se empeña en limitarla en todos los aspectos.

Y si la tendencia libertaria, en la aplicación táctica que supone única el autor del libro, es "cuestión de pantalones", no dudamos ya que ellos deben ser más necesarios para arrojarse intrépidamente en los campos de batalla de... la política.

Lo que nos extraña y maravilla es que haya preferido arremangarse los pantalones en la "gran política", antes que en la otra política, obscura y perseverante, cuyo objetivo, sin embargo, parece preocuparle.

Pero es conceder excesiva importancia al libro que comentamos.

Restar valores al "apoliticista" es pecar de ingenuo o tener interés por evitar que lo siga siendo, con lo que se demuestra que algún sentido tiene la acción de estos "idealistas", que se resignan a no colaborar con la política.

Entonces los errores de táctica y las limitaciones al ideal que es frecuente observar entre ellos, dicen a las claras que es posible una beneficiosa rectificación, por cuanto existe un principio de coordinación que el mismo Barcos reconoce.

Persistir en esta obra es la acción de los idealistas. Nos referimos, es evidente, a los que, siéndolo realmente, no les preocupa el agradecimiento ni la incomprensión de la masa proletaria.

Los otros en la política tienen más ancho porvenir. Como que para precaverse de sus felonías es por lo que el esclavo secular de la política trata de capacitarse a sí mismo y ser consciente de su fuerza. En buena hora, ya que le permitirá evitar el prematuro escamoteo de los políticos.

Señalamos al autor, para finalizar, nuestra honrada opinión: creemos que está recorriendo, como otros mesiánicos, un **itinerario de ida y vuelta.** Y este libro, "Política para intelectuales", es un alto en la mitad del regreso.

V. P. F.

"DESCUBRIMIENTO DEL HIJO"

Por Alvaro Yunque. Edit. Adah.

ALVARO Yunque, alrededor de cuya poesía ha girado siempre, no el pulimento enfático que condicione un consumo grato a la cursilería ambiente, sino la expresión de vida y sufrimiento de los humildes, ha virado esta vez su proa poética del caserío pobre y su visión captadora — apresada en la revelación y el descubrimiento del hijo — ha hecho un paréntesis de prolongado asombro, de contemplación, de silencioso fervor y esperanza.

La llegada del hijo le hurta temporalmente a su mirada la proyección sombría de las cosas, le aleja de la expresión ceñuda, taciturna a menudo, y poseído de una extraordinaria fuerza de bondad y simpatía le canta a la realidad y a la vida del hijo, como si quisiera uniformar a su alrededor el cerco invulnerable de las cosas hermosas y alejar, así, de su mirada de futuro hombre, el primario espectáculo de la desdicha y la miseria ajenas.

A veces este excesivo afán de describir con ojos nuevos y de transmutar las cosas, le lleva a cambiar el decorado del paisaje, a interiorizarse de emoción panteísta y a vibrar de cierto, y como recién descubierto, sentido religioso.

Sus poesías al hijo, abarcan, sin embargo, más que el área común de las cosas sencillas y familiares y de los afectos próximos.

El poeta de esperanzas y afanes cotidianos, ni siquiera esta vez, aun tratándose del hijo, se circunscribe totalmente al trecho de una vida. Sus versos no se frustran ahogados y ceñidos en el límite realista y angosto de lo personal y propio. Especie de explorador de una sola pieza, pica siempre más alto; y así, cuando como en "Hambre" observa a la madre ofreciéndole el pecho al hijo, su pensamiento va más allá, se sitúa en la posición imaginada de mañana, cuando deba decirle a ese mismo hijo su verdad e impulsarle, sin medida de aptitud sentimental, al conocimiento de la injusticia y de esa humanidad agobiada que sufre sus días al margen de la dicha.

Bien está la finalidad de este libro, aun con sus evidentes limitaciones poéticas. Frente a tanto liróforo con lamentaciones uniformes o adherido sentimentalismo, a tanta erupción incalificable de versos aptos pa-

ra menesteres andróginos, suena bien la palabra de este poeta que no ha olvidado que es hombre.

Quizá una falta de verbalismo o de exaltación imaginativa desconecte de alguna sensibilidad el afán de su lectura. Este aparente abandono de la forma — que no deja de existir — le quita, en cierto sentido, amplitud, pero le da, en compensación, naturalidad, puesto que le desliga del intento del ampuloso vuelo lírico y le reintegra a sí mismo, alejándole de las palabras con tiesura y otorgándole la conjunción de dos finalidades nada despreciables: lo fuerte y lo sencillo.

El libro, en conjunto, es expresión franca de algo desacostumbrado entre nosotros: sinceridad desembozada, clara conciencia, amor sin fisiologías torturadas y una enorme fe que se inspira en el futuro y que, cantando al hijo y a la madre, alienta anhelos claros y esperanzas fuertes y mejores.

Hizo un prólogo augural Juan Guijarro.

''AMOK''

Por Stefan Zweig. Edit. Hoy.

STEFAN Zweig es uno de los mejores críticos europeos. Tiene nombre y responsabilidad y considera a la crítica como un arte — meditativo si se quiere, — pero que es decir una ocupación o finalidad superior.

Su sentido crítico, alejado de esa suficiencia creadora que tanto agrada, por vocación impuesta y unilateral y se hace virtud en los críticos exclusivamente negativos, puede llamarse en él positiva, ya que alienta, en algún sentido, anhelos superadores y ánimo alerta para ir algo más allá del simple pulimento de conceptos estéticos, cuando no limitadamente personales.

Pero el crítico que en "Tres maestros", en hondo análisis introspectivo, nos revelara alguna faceta no advertida en los talentos multiformes de Balzac, Dostoyewsky y Dickens, es también autor. No sólo va al encuentro del creador, sino también del personaje, y su emoción verdadera en esta otra especie de difícil caza literaria, apunta alto y da certeramente en el blanco.

"Amok" es el libro en el que se nos revela como novelista breve, de garra.

Son narraciones cortas, de fondo y forma originales, de inquietudes y pasiones alejadas de lo común, de expresión detallista y cuidada, bien delineadas y vigorosas, a pesar de una ausencia casi completa de diálogos.

"Novelas de una pasión" podrían llamarse estas cinco que componen "Amok", dos de las cuales, "Carta de una desconocida" y "La mujer y el paisaje", son modelo de medios y formas expresivas y aguda observación.

Esta manera singularmente descriptiva que trasciende de sus páginas se advierte como manera original y se hace una característica en este autor que nos describe vacíos humanos y lacras, con una prosa suave y discursiva y un ademán involuntario — frecuentemente legítimo — de conocedor y de maestro.

"FABULAS"

Por Montiel Ballesteros. Montevideo.

DESDE hace tiempo se ha diseñado en el Uruguay la figura de Montiel Ballesteros, escritor de calidad, con un haber propio y diferenciado de obras y una característica de expresión — sobre todo en estas fábulas — personal, que le revela poseedor de una prosa llana, sintética y algo empedrada de imágenes.

Pero el estilo, con ser bueno, tiene un valor secundario en la producción de Montiel Ballesteros. Lo que resalta en él, a través de este libro, es el significado intrínseco que trata de enfocar a toda costa y colocar claramente en primer término, valiéndose de un evidente dominio del idioma.

Esto podrá parecer sencillo y asequible, pero no es así ni es, tampoco, característica común.

Estas fábulas versan sobre motivos americanos — el ombú, el rancho, el clavel del aire, el mataojo, el grillo, el hornero, la cruz del sur, etcétera — además de varias historias zorrunas, y nos hablan de su imaginada historia, de sus comienzos y ubicaciones, de sus esfuerzos, luchas y finalidades. El autor, adscrito a esta literatura narrativa de las fábulas, les otorga categoría y constituyen, alrededor de la inmovilidad o materialidad de algunas cosas, historias líricas y relatos emocionantes y les hace "sentir y emocionarse" ligados a finalidades humanas, casi siempre generosas.

Tiene exposición buena, atisbos sugerentes y, así, en conjunto, algunas vulgaridades casi inevitables. Pero el sentido elevado y la realización artística se mantienen en primera línea y hacen de estas páginas de Ballesteros un libro interesante, fuerte y una excelente muestra de literatura narrativa americana.

A. L.

Todas las colaboraciones son rigurosamente inéditas y especialmente escritas para "NERVIO"

PUBLICACIONES DIVERSAS RECIBIDAS

MUJER, No. 2, Capital. — **LETRAS**, No. 8, Capital. — **LA IDEA**, No. 94, Capital. — **FONOS** No. 15, Capital. — **BOLETIN DEL MUSEO SOCIAL ARGENTINO**, No. 103-105, Capital. — **METROPOLIS**, No. 3, Capital — **EL AUTO URUGUAYO**, No. 162, Montevideo. — **CRISOL**, No. 30, México. Publica el bloque de obreros intelectuales de México. — **L'EN DEHORS**, No. 208-209, Orleans. — **PUBLICATIONS DES TEMPS NOUVEAUX**, No. 71, París. — **CARNETS MENSUELS**, No. 6, París. Dirige: Carlos Suares. — **ITALIA**, No. 53, París. Dirige: Filippo Turati. — **LA LIBERTA**, No. 27, París. Organo de la concentración antifascista en París. — **LA REVOLUTION PROLETARIENNE**, No. 118, París. — **DER STURM**, No. 9, Berlin. Dirige: Herwart Walden. — **ERKENTNIS UND BEFREIUNG**, Nos. 25, 26, Viena. — **LA REVISTA BLANCA**, Nos. 195, 196, Barcelona. — **EL LUCHADOR**, Nos. 24, 25, 26, 27, Barcelona. — **LA NOVELA IDEAL**, Nos. 254, al 257, Barcelona. — **LIBERACION**, Nos. 9-10, Capital. Dirige: Prof. Pedro B. Franco. — **LA CRONICA MEDICA**, Nos. 811, 812, Lima. — **RESSORGIMENT**, No. 180, Capital. — **LE RESISTANT A LA GUERRE**, No. 29, Enfield (Inglaterra). Organo de la Internacional de resistencia a la guerra. — **REVISTA DE LAS ESPAÑAS**, No. 57-58, Madrid. — **LETRAS Y NUMEROS**, No. 84, Guayaquil.

LIBROS Y FOLLETOS

Informaciones de la América hispana.—El decano de la Facultad de Derecho y la revolución del 6 de Setiembre. — **El Pelotarco**, por el Prof. Antonio Valeta, Montevideo. — **Un livre de paix**, por Eugen Relgis. Edit. "LA BROCHURE MENSUELE" (París). — **Der humanitarismus und die "algemeine Nahrpflicht"**, por Eugen Relgis. — De E. Armand hemos recibido lo que sigue: **La camaraderie amoureuse.** — **Entretien sur la liberté de l'amour,** — **Letre ouvert aux travailleurs des Champs.** — **Est-ce cela que vous appelez vivre?** — **L'Eternel probleme** (Entretien a 3 personages). — **Millieux de vie en commun et "colonies".** — **La Jalousie.** — **Monoandrie, monogamie, le couple.** — **Les ouvriers, les syndicats, et les anarchistes.** — **Subversivismes sexuels.** — Editados casi todos por **L'EN DEHORS**, de Orléans.

La Brochure Mensuele, París. N.° 101, contiene: **"La limitacion raisonnée de naissances et le point de vue individualiste"**, por E. Armand y **"La tragédia de l'émancipation fémenine,"** por **Emma** Goldman. — El No. 102, contiene: **"La Paix mondiale et las conditions de sa réalisation"**, por Max Netlau.

FLEURS DE SOLITUDE ET POINT DE REPERE, por E. Armand. Edit. "Mercure de Flandre" (Lille). — **LES LOUPS DANS LA VILLE**, por E. Armand. Edit. "L'En Dehors" (Orleans). — **REALISMO E IDEALISMO**, por E. Armand, Edit. "Librería Internacional" (París).
CASTIGO E'DIOS, por Montiel Ballesteros. Montevideo.

Redacción y Administración: Vera 572
Correspondencia y valores a nombre de S. Kaplan
Suscripción anual, $ 2,50 Número suelto $ 0,20